SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 34
Número suelto 10 *cts.*

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid: 1,50 pts. trimestre; Año 5
Provincias: 1,60 trimestre; Año 6
Ultramar y Extranjero: Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXIX — Madrid, Jueves 2 de Diciembre de 1909 — Núm. 39

El grabado

Realmente avergüenza á todo español amante del buen nombre de su patria, que éngase de ella esa idea en el extranjero.

Nación que consiente que el clericalismo influya en sus gobernantes hasta imponerles la negativa al indulto de un sentenciado á muerte...

Nación que no se estremece de indignación y de ira al ver la procacidad y la infamia de la prensa católica parodiando el ¡crucifícale! ¡crucifícale!...

Nación que soporta que en los conventos y palacios episcopales se decida de sus destinos, de su honra y de su vida...

Nación que no protesta con energía contra los miserables que le ponen á la faz del mundo en la frente el estigma infamante de bárbara, cruel, é incapaz de regenerarse ni civilizarse...

Nación que, exceptuando unos cuantos hombres en las poblaciones ilustradas, sigue postrándose después de lo ocurrido en Agosto y Septiembre ante los mismos que la embrutecen, fanatizan, deshonran y explotan...

Esa nación merece que se la desprecie, se la *vilipendie* y se la escupa por el mundo civilizado, y se la pinte al modo que lo ha hecho en ese grabado el periódico *Lustige Blatter*, de Berlín.

Esta es la ocasión

A las noticias que corren estos días acerca de introducciones de armas para los carlistas, hay que agregar esta otra:

Una fábrica de armas de fuego de Plasencia (Guipúzcoa) ha enviado á varios conventos una circular impresa que dice así:

«Reverendo P. Prior de la Comunidad de... muy respetable señor. Siendo varias las Comunidades religiosas que nos han encargado armamento para la custodia de sus conventos, nos dirigimos á usted por si se hallase en necesidad de ello, fijándole á continuación los precios más limitados, puesto el género sobre el vagón y franco en la estación. Con tal motivo, nos es grato ofrecernos de usted y de esa Comunidad afectísimos, etc.»

Y sigue una relación de armas á precios baratísimos, figurando en ella tercerolas, carabinas y bayonetas.

Podemos suministrar—añade el documento—toda clase de cartuchos cargados, á los mismos precios que en las expendedurías.»

La circular va encabezada con una cruz y las simbólicas letras. J. H. S.

Aprovechad la ocasión, reverendos. Ninguna mejor se os presentará para abarrotar de armas vuestros conventos, á fin de distribuirlas en el momento oportuno entre los maridos oficiales de vuestras hijas de confesión, y entre los que pasan por hijos de esos maridos.

Esto, si antes no vamos los liberales á buscarlas y estrenarlas en las mismas madrigueras donde las guardáis. Para algo he publicado yo la lista de las poblaciones donde radican.

No merecen menos vuestras piadosas intenciones.

Caridad sublime

Vosotros, los que sabéis que la religion de Cristo es la del pobre y el necesitado; pasaos una noche de éstas de la una en adelante por la calle de San Bernardo, y os fortaleceréis en la fe al contemplar un grupo de ocho ó diez mujeres y tres ó cuatro niños andrajosos echados sobre las gradas de la iglesia de Monserrat, apretujándose unos contra otros para ver si logran comunicarse una partícula de calor.

En frente veréis un convento, el de las Salesas Nuevas, desde el cual pueden las esposas del Señor, resguardadas tras los cristales, recrearse con aquel poético cuadro de resignación cristiana, y bendecir la hora en que Jesús vino al mundo á predicarla y ensalzarla, sin lo cual aquellos seres humanos acaso se desesperasen y blasfemaran, en vez de contentarse con entrelazar sus miembros ateridos para ver si consiguen atraer siquiera por un cuarto de hora un dormitar inquieto que les permita soñar con un pedazo de pan para el día siguiente.

¡Qué hermoso, qué santo, qué arrobador espectáculo el de ver mujeres y niños hambrientos y tiritando, allí, á la puerta misma de la casa de Dios, sin ocurrírseles siquiera que dentro se guardan cálices de oro y vestidos de púrpura, ni que hay imágenes de madera con mantos de terciopelo, ni que sobran habitaciones ocupadas con estantes llenos de ropas, alhajas riquísimas! Solamente la religión puede llevar el alma humana á tan abnegados olvidos. Pidamos al Dios de los que no comen que perseveren en su resignación por los siglos de los siglos.

¡Y cómo se regocijarán en el Señor, al saborear el sublime espectáculo, aquellas santas vírgenes del convento de en frente, de cuyos labios sale á cada instante la palabra *caridad* impregnada de perfumes divinales á la vez que difundiendo melodías angélicas! Porque aquel espectáculo les recuerda que es El, su celestial esposo, el que tiene sacerdotes en cuyos pechos arde tan poderosamente el fuego de la caridad, que los impulsa hasta á ceder gratuitamente en estas noches crueles á los que carecen de albergue las sagradas losas colocadas á la puerta de la entrada de los templos!

Si algún cura ó algún fraile rezagados cruzan alguna noche en el mullido carruaje de una aristocrática devota por frente á la iglesia de Monserrat, ¡cómo se conmoverán de alegría al pensar en la alta misión que cumplen en la tierra, y con qué acentos de justa indignación condenarán á los impíos que con sus criminales predicaciones tratan de socavar los cimientos de esos santos edificios á cuyas puertas encuentran los pobres redimidos por Cristo albergue en estas horribles noches de diez grados bajo cero!

Quitándoles ese refugio á los que duermen sobre las losas, ¿qué sería de ellos?

El que domina en España

FERRER

(*Lustige Blatter*, Berlín.)

Las elecciones municipales

Se aproximan.

Si aun viéndose metida en una guerra injustificada y promovida para servir intereses particulares.

Y execrada en el extranjero. Y cargada de impuestos que no puede pagar. Y muerta de hambre. Y paralizada en su avance hacia la civilización. Y degradada y envilecida y avasallada por el clericalismo...

Esta nación no tiene ahora un arranque demostrativo de que desea recobrar su dignidad y hacer la vida de los pueblos cultos y viriles, merecerá que vuelvan los clericales al poder, y la aniquilen por completo, la tiranicen y la deshagan.

Las elecciones próximas van á decirnos si España quiere ser libre y honrada, ó esclava é indigna.

© Biblioteca Nacional de España

Los males del liberalismo español

Antes creí que la acción era más fecunda que la palabra; después he visto que la palabra es más fecunda que la acción.

(Ajax).

La orfandad del pueblo español en la reciente conflagración fué sencillamente escandalosa. Los apóstoles desaparecieron ó no se presentaron.

Si los muertos fuesen resucitables, podríamos dar por bien vertida la sangre de las víctimas con sólo habernos revelado esta verdad: los organismos oficiales del liberalismo español, como la antigua escuadra, en el momento de la batalla resultaron de cartón.

Senadores, diputados, prohombres, directorios, comités, etc., etc., no tuvieron valor ni siquiera para pedir el indulto de Ferrer ni de ninguno de los fusilados en Montjuich! Este hecho de por sí basta para probar plenamente el pecado *de læso populo*.

Antes de Julio el liberalismo tenía cien cabezas; de Julio acá quedó acéfalo, sin que Maura hubiese cortado cabeza alguna; ellas mismas se separaron del cuerpo y huyeron.

La lección ha sido dura. Se resume en esta frase: «ni los pies pueden lograr nada de provecho sin la cabeza, ni la cabeza puede nada sin los pies».

***

El pecado de los caudillos es notorio y grande; pero no es suya toda la culpa: es de los españoles; es pecado de la raza quizás, y de la raza de nuestro tiempo sin quizás. Este pecado consiste en identificar los *hombres de acción* con los *hombres de palabra;* los teóricos con los prácticos.

Es mal de la época, y sobre todo de España; Salmerón, Castelar, Carvajal, Nocedal, Martos, entre los muertos; y Moret, Maura, Melquiades, Mella, Cambó, entre los vivos. ¡Magníficos oradores y políticos incapaces! No sé si Cisneros fué orador; sé que Napoleón no brilló gran cosa en la tribuna. Loyola fué un zoquete en la especulación, y con todo, su obra resiste todos los embates. En fin: que los puños y la lengua están en proporción inversa; por un caso que se dé excepcional, se dan mil en la regla.

***

El peeado este es mitad del pueblo, mitad de los *especulativos* que se convierten en especuladores. El *teórico* pretende ser *jefe de acción* por serlo de la palabra ó de la pluma, sin darse cuenta de que la pluma y la palabra no son más que *medios* para el *fin*, que es la acción. Esto es, que oradores y escritores son instrumentos del cerebro social y no precisamente el cerebro. Fijáos en Roma: cultiva el orador y el escritor, pero lo aleja de todo cargo *ejecutivo:* el *pastor* no es el *doctor* ni el profeta. Fijaos en la Compañía de Jesus: el general, el provincial y el rector, son innominados, mudos; gentes más diestras en callar y hacer, que en proyectar y declamar. Un Congreso y un Senado de mudos serían un gran tesoro para España: hablarían los puños y callarían las lenguas.

El pueblo español (y quizás el latino) hace jefe de acción al maestro del buen decir. Tenemos una Real Academia para bien hablar; no la tenemos para el obrar bien, Y mientras España es el venero de la magnificencia retórica, lo es también de todo género de desastres.

***

Y, sin embargo, el orador, el escritor, el sabio y el artista, son los elementos más fecundos *para el porvenir*, aun siendo estériles para el presente si ellos han ejecutar sus propios planes. Su atención se extiende á lo lejos del espacio y del tiempo; su mirada es telescópica. Y la *obra* requiere el talento microscópico y anatómico: el arquitecto traza el plano de un sólo trazo; el *maestro* lo ejecuta recogiendo una por una las piedras y los clavos.

El orador engendra y esparce; el político recoge y ordena. El uno siembra; el otro cultiva y cosecha. Y en España, la confusión de oficios hace que toda la cosecha se reduzca á vivas, aplausos y títulos ditirámbicos, con unas mal contadas pesetas.

Mella es un gran talento, pero está á sueldo de Comillas. Y el que es capaz de engendrar y deshacer mil Comillas, no es capaz de hacerse independiente de él en la cocina de su casa.

***

En el individuo suele observarse que cuando el cerebro trabaja con extremada actividad, los brazos y miembros descansan, y viceversa. Siendo la colectividad un individuo más ó menos complicado, obedece á iguales leyes: cuando los pensadores planean, la masa colectiva reposa; cuando el cuerpo actua, el pensador observa y anota.

El orador y el escritor y el filósofo no *hacen actos,* sino que *hacen hacedores;* no producen trabajo, sino trabajadores. Su trabajo es peculiar. Extraer del ambiente la sustancia filosófica de las cosas y de los hechos, concrecionarlas en forma de ideas y traducir estas formas á frases *vivas,* capaces de impresionar, arraigar y desarrollarse en el cerebro de los otros... Estas impresiones vivientes moverán oportunamente los brazos y pies y producirán la acción final.

***

De aquí que una *frase* pueda producir una revolución en la humanidad. El cristianismo fué una frase: *amaos unos á otros;* el liberalismo fué otra frase: *igualdad social.*

Cada civilización, cada siglo, cada pueblo y cada fase del individuo son otras tantas frases: son ideas que sintetizan el impulso inicial de todos los impulsos que irradian de aquél como de su centro. Pero el que descubre primero la frase suele ser inepto para llevarla á la práctica, y el que la lleva á ejecución es muchas veces inconsciente del valor de aquélla.

Y nótase además que el gran pensador es enemigo de la ambición y refractario á la jefatura. Vive de las ideas; su espacio es lo infinito; su tiempo es la eternidad; el siglo y el sitio en que vive carecen de importancia: son un momento de la eternidad y un grano de arena del infinito. Por esto no ambiciona su posesión. El *ejecutor,* en cambio, parte del principio de la mayor importancia del presente. La verdadera política está, pues, en ir realizando los planes del idealista en el presente real: este es el eje del progreso. El predominio del utopista esteriliza la energía real, diluyéndola en empresas *posibles en lo futuro,* pero imposibles *al presente;* el predominio del *sensualista* perezoso y retrógrada esteriliza la energía del ideal.

En el liberalismo español hallamos utopistas y retrógrados; carecemos de políticos, y si los hay, viven alejados de las jefaturas.

***

En resumen: falta al liberalismo nacional un *comité de acción* que no esté á merced del *comité de palabra,* sino que, dando la intervención é importancia debida á estos elementos, los modere y encauce, y dé fecundidad práctica á las ideas. Este comité mixto debe ser el centro nuclear de donde resurjan todas las iniciativas de acción y de palabra. Sin ello, resultará lo que vemos: cuando pitos flautas y cuando flautas pitos. Y mientras los conejos discuten si son galgos ó podencos, vendrán los perros del Vaticano á despellejarlos en Montjuich.

S. Pey Ordeix

LA BAJEZA DE SER NEO

Signo de decadencia es en todo pueblo la falta de hombres notables, y demostrado está que, desde la caída del catolicismo, es decir, de su Iglesia en poder de los jesuítas, se acabaron para la religión y para el sacerdocio las grandes figuras, igualmente que para toda institución sobre la cual influya el Papado.

El padre Mir prueba en su incomparable libro que el ideal jesuíta es tan impotente para crear hombres de altura, como abonado para castrar y empequeñecer á los que pudieran serlo, y no hay más que dar un vistazo á la historia de nuestros días para percatarse de un fenómeno harto significativo, á saber: desde que el catolicismo se convirtió en decidido adalid contra la libertad y las modernas aspiraciones, acabaron para él los hombres extraordinarios. Balmes, Raulica, Montalembert y acaso Tosti y Dupanloup, De Maistre, los primeros de la decadencia, y ciertamente sin sucesores que igualaran su exigua talla.

Nos quejamos al presente los españoles de la absoluta carencia de hombres. ¿Cómo ha de haberlos, si hace más de veinticinco años que no impera en nosotros más que el neocatolicismo jesuíta? Pues qué, ¿se coartan y deprimen en el sér humano los vuelos de la razón y las energías de la voluntad sin que toda la personalidad se rebaje?

El vulgo no puede medir las bajezas necesarias para ser neo, las abdicaciones de la razón y de la inteligencia, las humillaciones de la voluntad y del decoro que exige la Iglesia para conceder una benevolencia que al cabo sólo á ella tiene cuenta. Pero no hay más que mirar á los que la sirven y en sus filas militantes forman, para ver la vacuidad de todos ellos sin excepción, así los alistados á impulsos de sus convicciones, como los vividores que las simulan para medrar. Unos y otros están proclamando su pequeñez en el mero hecho de estar donde los vemos. ¿Por convicción? Señal de inferior intelecto y atrofiada voluntad. ¿Por conveniencia? Signo de no poder hallarla con las propias fuerzas.

En una palabra, no es neo más que aquel que es tonto ó incapaz de llegar donde se propone sin el apoyo más humillante de cuantos rechaza toda alma bien templada.

Los curas saben eso mejor que nadie. No haya miedo que si se ven dolientes pidan la asistencia de un médico devoto, al que conozcan de verlo rezar ante los altares y pertenecer á una ó varias cofradías, ni entreguen sus asuntos particulares contenciosos á letrados de sacristía, ni tengan confianza en hombre alguno de quien sepan que es neo.

Porque el médico y el abogado y el catedrático y el escritor y el político neos, no lo serían si se sintieran con fuerzas bastantes para adquirir posición y fama por sí mismos. Nadie es tan rastrero, teniendo gran talento, que se avenga gustoso á sufrir las inconcebibles rastrerías que exige la Iglesia como precio de su efímera é insegura protección.

La Iglesia es exigente, orgullosa hasta lo increíble, desconfiada, tacaña, pérfida, amiga de humillar públicamente y de recibir los homenajes más bajunos; quiere aislar á sus siervos y ponerlos en condiciones de no servir ya para cosa de provecho, si dejan su servicio ó son de él arrojados; está siempre espiándolos; nunca se ve contenta; de continuo amenaza con sus iras y la retirada de su protección; ni tiene en cuenta el honor ni la dignidad; lo quiere todo, no agradece nada y pisotea en su marcha el cuerpo del que, por defenderla, se ha caído.

Con ella hay que estar haciendo continuos alardes de fe, de amor, de lealtad, perpetuamente de rodillas ante sus ridículos y amamarrachados primates, que no suelen saber las cuatro reglas; hay que someterse á ritualidades deprimentes, á manifestaciones risibles que desdoran; de la conciencia se debe hacer un estropajo; de la personalidad una bestia de carga; y, sin embargo, la Iglesia no se dará por satisfecha, no dirá ¡basta!, no agradecerá y no dejará de vigilar con desconfianza.

¿Quién, quién que se sienta iluminado por la llama del genio, capaz de grandes cosas sólo por sus fuerzas, es posible que carezca de la altivez humana y de la conciencia de su valer hasta el punto de someterse á tan *miserable* servidumbre? El que no pueda, repetimos, ser de otro modo lo que ansía; el que se ve pequeño, y aunque no se vea, lo es.

La Iglesia, á su vez, tampoco es grande; si lo fuera, no necesitaría la humillación de nadie, que el no necesitarla es el primer signo de toda grandeza; es un poder caduco, basado únicamente en la opinión ó el egoísmo rutinario de multitudes de ignaros y vacilantes, en declarada derrota, perdido ya el mundo intelectual que mira hacia adelante, aferrada al pasado como un vesánico.

Naturalmente, ni quiere hombres grandes, ni éstos la quieren á ella; ni podría tenerlos en su casa, ni ellos permanecer; y pequeña ella, por pequeños servida y defendida, ó arrastra una vida miserable donde no la echan, ó si domina, todo lo empequeñece. Esa es la causa de nuestras desdichas y la fautora de nuestros Mauras.

José Ferrándiz

Caridad reglamentaria

Una pobre familia menesterosa paseo su hambre y su frío durante casi todo un día por las calles de Madrid. En ninguno de los centros oficiales, que la piedad de las gentes creó y que la misericordia de todos sostienen, se le concedió la limosna de pan y asilo que no debe negarse á nadie, según las sabias enseñanzas del catolicismo. En buena teoría, los señores comisionados para ejercer la caridad no podían ver en aquella familia de hambrientos los infelices que el Estado socorre amablemente. Carecía de una documentación escrupulosa que hiciera constar su grado de pobreza y de los papelotes justificativos que se requieren para que la caridad oficial se ablande, se muestre pródiga y dé de comer y vestir á los que han hambre y necesitan ropas. Como la pobre familia sólo podía demostrar su deplorable situación con las huellas en la cara de largas vigilias y los desgarrones del vestido por donde se veían las carnes desnudas, y como eso no justifica nada á los ojos de los empleados de la piedad pública, un hombre, una mujer y tres criaturas hubieran muerto si un filántropo no les brinda refugio y sustento.

El miércoles, por rara casualidad, se halló el cadáver de un hombre muerto de hambre en una calle de Madrid. Nadie sabe si el infeliz recorrió también, en doloroso peregrinaje, las Comisarías, las Casas de Socorro y llamó á la puerta de los Asilos demandando una limosna. Lo que no se ignora es que la autoridad se incautó del cadáver, lo envió al Depósito y lo enterrará cristianamente, como á un creyente fervoroso del Dios que miró por el sustento de pájaros y hormigas, y sin cuya voluntad no se mueve la hoja en el árbol ni la piedra en el desierto. A quien se le niega refugio se le otorgan los tres pies de tierra á que, por misericordia ó por conveniencia de salud pública, tiene derecho todo nacido. La caridad oficial no puede mostrarse más pródiga: entierra á los muertos. Y si permite que perezcan de hambre ó de frío hombres y mujeres, es no más para ejercer una de las más bellas obras de misericordia.

Están tan unidos estos dos casos que hoy cuentan los periódicos, que ellos, por sí solos, resumen los sentimientos de esa piedad que se resuelve por expedientes y formularios, como negocio administrativo. Sin poseer una documentación en regla, que acredite lo que ven los ojos, nadie tiene derecho á pedir hospitalidad en un Asilo ni reclamar auxilio en los centros oficiales. La caridad oficial requiere ciertos trámites legales para sentirse bienhechora ante la desgracia. En su sabia mecánica, ni las quejas, ni los gritos de angustia, ni las escenas dolorosas justifican nada si no se autorizan con un documento que pruebe que el hambriento tiene hambre y merece que se le ofrezca un trozo de pan. Sólo en caso de muerte perdona los largos expedienteos y concede gratis los tres pies de tierra que no se le niegan á nadie. Y así, tal vez por pura conveniencia de salud pública, la piedad reglamentada realiza una excelente obra de misericordia.

Gustavo

El campamento de la reacción

España es un país, según la gráfica expresión del gran tribuno y consecuente demócrata D. Nicolás María Rivero, donde cuatro caballeros particulares nos hemos empeñado en que sea liberal, y cuando queremos recordar, se nos escapa presuroso al absolutismo.

En corroboración de esto aserto podemos aducir pruebas fehacientes ó incontrovertibles si hojeamos la historia patria desde principios del siglo anterior, siglo de perpetua lucha entre la libertad y la reacción, venciendo siempre ésta por las divergencias, las debilidades ó las torpezas de los políticos liberales, aun de los más eminentes, que ante el poder real enmudecen, se acobardan y se someten, convirtiéndose en dóciles mandatarios.

Ante el referido poder enmudeció el ilustre general Copons el año 1814, quien, teniendo el encargo de los heroicos é inmortales legisladores de Cádiz de no permitir la entrada en España á Fernando VII si no juraba solemnemente guardar y hacer guardar á todos sus súbditos la Constitución de 1812, trémulo, ó vacilante, ó falto de energía, ó absorto ante aquella majestad abyecta y envilecida por una emigración deshonrosa, más que suficiente para su incapacidad como rey de un pueblo generoso, le dejó transponer la frontera pirenáica fiándose en sus promesas, que eludió en seguida al dar la vuelta para hacer su *entrada triunfal* por Valencia, declarándose públicamente otra vez rey absoluto, en cuya criminal empresa le ayudaron los generales fracasados de aquella época desastrosa, en tanto que nuestros incomparables guerrilleros, gloria de España, fueron odiados y perseguidos.

Por acto de debilidad semejante volvió á caer el pueblo español en un régimen tiránico y sangriento, de insidiosas pesquisas, de pública y privada intranquilidad. La Iglesia ahogaba las conciencias con los horrores de la Inquisición restablecida nuevamente; no había otra ley que la voluntad de aquel monstruo abominable; ni otro derecho que los crueles y despóticos acuerdos fraguados en las sombras; ni más consejo que el de los generales ineptos varias veces vencidos por las victoriosas legiones francesas. Los cobardes en los campos de batalla fueron después bravos y valientes para afianzar el absolutismo y el poder teocrático, extinguiendo con el hierro y el fuego toda idea progresiva, todo pensamiento libre; aquel desbarajuste ó desborde de pasiones y ruines venganzas no era ni más ni menos que un mar proceloso, hasta sin orillas, como dijo Montesquieu, refiriéndose á la Edad Media.

De esta noche de los tiempos surgió, transcurridos seis años de persecuciones y de deplorable ruina para este pueblo español tan desgraciado, sin duda por su ignorancia ó por su intransigencia religiosa, la insurrección militar de 1820, acaudillada por el infeliz D. Rafael de Riego, quien, si se hubiera convertido, ya triunfador, en supremo juez, en fiel intérprete de la vindicta pública, especie de justicia nacional, colocándose al nivel del gran Cronwell en Inglaterra, no hubiera sido tres años más tarde la víctima propiciatoria de la inicua *Santa Alianza*, entonces imperante.

© Biblioteca Nacional de España

Basten estas breves disquisiciones históricas para llegar cuanto antes á la proposición de mi modesto escrito, dejando al lector que comente ó glose á su gusto las consecuencias de nuestras dos guerras civiles, que, terminadas siempre por convenios, siempre fueron éstos favorables á la reacción.

El recuerdo de aquella *Santa Alianza* produce en mi ánimo temores pesimistas inferidos por hechos recientes é indubitables. Los legitimistas extranjeros, los tradicionalistas españoles, los neocatólicos de toda la raza latina, en común consorcio, conspiran innegablemente ahora para retrotraer la acción á la época luctuosa de 1823 á 1830, cuando Carlos X intervino en España con un ejército de 100.000 hombres, *hijos de San Luis*—así los denominaba la gente pía,—los cuales ayudaron á destruir nuestras incipientes libertades y á ahorcar al desventurado, al débil Riego. Entonces era el campamento de la reacción de Europa nuestra querida hermana de origen, Francia; hoy es el campamento de la reacción de Europa, aunque de una manera solapada, casi imperceptible ó subrepticia, la pobre, la decrépita ó la moribunda España.

Pruebas. Parte de los pretendientes á la corona de Francia, aquí se albergan; los residuos del deshecho y ya putrefacto reino de Nápoles, están entre nosotros; los audaces y fanáticos partidarios de los Estados Pontificios como señorío independiente ó dependiente sólo del poder temporal de los Papas, ó sea del Papa-Rey, en esta cloaca clerical, inmunda, que se denomina España, tienen establecidas sus lujosas y ricas tiendas—los innumerables monasterios,—campamento amplio y seguro, perfectamente vigilado, perfectamente garantido, si no por la ley, por el derecho consuetudinario de la Iglesia católica española, que también turna en el poder por medio de su jefe político el moderno apostólico Maura, no caído, como creen algunos, sino preparándose tal vez para entrar de nuevo en funciones cuando inutilice, valiéndose de la traición y la emboscada, á los actuales transitorios gobernantes, liberales no bien definidos, ó liberales *sub condictione*, ó hasta donde pueda convenir á esta interinidad de la alta política reaccionaria.

Este compás de espera, este armisticio, esta tregua, no tiene otro fin que el de apaciguar los ánimos de los revolucionarios de Europa, los cuales, movidos por un sentimiento de piedad, protestaron ruidosamente contra la ejecución de Ferrer. Si hay que esperar, se espera, porque el tiempo todo lo borra; pero téngase en cuenta que los neocatólicos no han de cesar en el *santo empeño* de cumplir sus religiosos deberes de conciencia para la salvación y purificación de sus almas.

Esa conjura tenebrosa de los amantes del tradicionalismo histórico es más transcendental de lo que parece á simple vista; va, en primer término, contra la libertad de España; contra la hermosa y aun no bien consolidada unidad de Italia; contra la liberal, la rica, la esplendorosa República francesa y contra ese bellísimo complemento de nuestra todavía incompleta nacionalidad, sangre de nuestra sangre y vida de nuestra vida, que se denomina Portugal, habiendo dificultado ambas monarquías que constituya toda la Península Ibérica una sola patria y una sola familia, como lo determina tangiblemente nuestra carta geográfica.

A esa conjura de la reacción clerical debe contestarse pronta y enérgicamente con otra de los defensores del progreso y la libertad, no sólo de España, sino de Europa. Si Maura es un fiel adalid, como buen católico, del poder temporal de los Papas—nuevo Pipino el Breve,—hállase incapacitado para el gobierno de nuestro país, que quiere ser libre, y tiene indiscutible derecho á ser libre, por el adelanto de los tiempos, por la tendencia armónica y progresiva de las naciones, sus hermanas de origen, que no pueden consentir, que no deben consentir este anacrónico campamento pestilente del oscurantismo ó de notorio y repugnante atraso, porque envenena la atmósfera civil de todos los pueblos cultos.

¡Ah! Si en las actuales circunstancias de peligro para la paz de Europa, no nos unimos como un solo hombre todos los liberales, republicanos y socialistas de España entera para luchar contra la reacción y destruirla, indignos seríamos de la libertad y hasta de la vida, si es que puede haber vida sin libertad.

Y al que intente, con hechos ó palabras, oponerse á esta unión redentora, declárese le desde luego, sin consideraciones de ninguna especie, traidor á la Patria y á la República.

E. Saco y Brey

Hecho y derecho

El divorcio es un hecho. Hay infinidad de matrimonios que sólo tienen de tales el nombre. Lazos que en un instante ata la pasión, los desata en otro instante la pasión misma. Vínculos que el cálculo crea son más tarde ó más temprano rotos por la naturaleza, cuyo gran resorte es el instinto. Hay simpatías, inclinaciones á que la juventud suele dar una importancia que no tienen; pasan los años y con ellos vienen los grandes amores, los verdaderos, los que llenan toda la vida. La ambición, el egoísmo, el ansia de llegar sin lucha, de procurarse á *fuerza de trabajos, pero sin trabajo*, una existencia fácil y cómoda, conciertan muchas uniones que sólo duran lo que la idea mezquina que las realizó. La naturaleza reivindica sus derechos y el adulterio se produce como consecuencia lógica. Es el drama de siempre. Se olvida con demasiada frecuencia que sólo al fin de dos vidas puede decirse que ha habido matrimonio.

El divorcio es un hecho. Cientos, miles de esposos, en apariencia unidos, viven realmente divorciados. Pasa la *luna de miel* y el divorcio empieza. Los que se amaron con locura, con frenesí, concluyen por verse con la más fría indiferencia. Viven bajo un techo; no en un mismo hogar. No quieren, no piensan, no sienten lo mismo. No son uno en dos. Resulta que no hubo compenetración, fusión. La doble personalidad, mejor dicho, la personalidad superior que del matrimonio verdadero nace, no existe. A veces se evita la ruptura material, el escándalo; pero el divorcio no por eso deja de ser un hecho, y el adulterio, por ser sólo *deseado*, no deja de ser real. No media el D. Juan de carne y hueso, cierto es; pero casi siempre el D. Juan efectivo es el fantástico, el que se sueña. *El otro* suele ser á menudo una equivocación.

¡Cosa rara! Que el divorcio es un hecho no puede negarlo nadie. Lo estamos viendo á todas horas y no nos escandalizamos. Todos sabemos lo que hacen nuestros amigos, nuestros conocidos; todos estamos al tanto de lo que en la casa del vecino sucede. Sabemos que tal sujeto, que no puede *llevar vida* con su mujer, se *ha echado* una querida. Conocemos á muchos señores muy católicos, que no pierden sermón ni hay cofradía á la cual no pertenezcan, y que, á pesar de toda su religiosidad aparente, faltan al sexto y al noveno de lo lindo. Nada de esto nos extraña. Al menos, somos tan hipócritas, tal influjo ejercen sobre nosotros los convencionalismos y las fórmulas, que aparentamos no extrañarnos.

Pero se trata de implantar el divorcio, de establecerlo por medio de una ley. Se trata sencillamente de regularizar situaciones que hoy son verdaderos conflictos. Se trata de regular jurídicamente lo que á espaldas del derecho se presenta con todos los caracteres de la anormalidad. Se trata de evitar el adulterio, de suprimir el escándalo, de llevar la paz á las conciencias, la tranquilidad á los hogares. Se pretende hacer obra de amor, de fecundidad, de vida reproductiva eternamente. Se trata, en resumen, de acomodar el derecho al hecho. Y todos los neos gritan como enérgumenos y piden la cabeza del que lo propone.

No ven esos fanáticos que por mucho que ellos afirmen la indisolubilidad del matrimonio, la realidad prueba lo contrario. Aspiran á encerrar el movimiento social en fórmulas que son hijas de la mente. No se hacen cargo de que no es el hecho según el derecho, sino que es éste el que tiene que acomodarse á aquél. No comprenden que el único ideal realizable es el que en un momento determinado se da en la conciencia de un pueblo como un resultado de su experiencia. Así han procedido todos los reaccionarios, todos los misoneistas, y así se hacen inevitables las revoluciones: por no reconocer á tiempo que el derecho es, como todo, una evolución, y que la evolución de las ideas es siempre correlativa á la de los hechos.

Alvaro de Albornoz

Cuando pasa un batallón...

Carta abierta á un usurero que va en coche á la novena, chapurrea en extranjero, y cree que con dinero se compra la sangre ajena

Tiene usted mucha razón.
Es gran incomodidad
para la circulación
que desfile un batallón
por medio de la ciudad,
pues como anda lentamente
Juan Soldado (que va á pie),
interrumpe á cierta gente
que va en coche... y que no siente,
ni patria, ni amor, ni fe,
y no es justo despertar
con estrepitoso alarde
de música militar,
al que suele madrugar
á las siete de la tarde,
ni detener en su pista
al nieto de mono bravo
que notoriedad conquista
con melena modernista
(que es la nostalgia del rabo),
ni al burgués prudente y serio
que, cuando España sucumba,
irá en coche al cementerio...
y aun del timo al gatuperio
y de la timba á la tumba,
ni al que en la Puerta del Sol,
poniendo de oro y azul
todo lo que es español,
brinda una copa de alcohol
al de la *ronda del fol*...
. . . . . .
El tropel causa mareo
y es un estorbo la masa;
mas crea usted lo que creo
y verá lo que yo veo
en el batallón que pasa.

Brillante, entre polvareda,
y con estruendo de vida
donde todo se hunde y rueda,
viene lo poco que queda
de una nación dividida;
lo que nos envidia Europa;
los que hermanos de usted son,
aunque llevan peor ropa;
lo que aquí se llama *tropa*
y es ¡carne de corazón!;
la que hace marcar el paso
al que no es de sangre fría...
(Suelte usted, si le hace al caso,
algún chiste de payaso.)
...¡la española infantería!

Donde en la gloria se piensa
(que aquí no importa un ardite)
y es la gente más propensa
que á lamentos por la ofensa,
á esperanzas de desquite;
donde no se juzga oficio
la marcial obligación
ni al uniforme cilicio,
y á eximirse del servicio
no se llama *¡redención!*,
ni al heroísmo *¡leyenda!*,
ni el oro puede valer,
aunque la sangre se venda,
para que otro nos defienda
la patria que nos dió el ser,
las mujeres más tranquilas
no ven la tropa con calma,
pues se anublan las pupilas
de quien registrando filas
halla pedazos de su alma.
Cuando el débito social
pagando de iguales modos,
y vistiendo un traje igual,
en la columna marcial
forman los hijos de todos,
fundida la patria entera
en un sólo corazón,
á sí propia se venera
saludando á la bandera
cuando pasa el batallón.
Más gloriosa en la derrota
cuando fué la brega ruda,
esa enseña vieja y rota
que entre los soldados flota
es la madre que os saluda.
Asomaos cuando pasa
con estruendo de alegría
que inunda toda la casa,
la gentil y airosa masa
de bizarra infantería;
ó esperando á ese tropel
que la corneta anunció,
id delante ó detrás de él,
de la parada al cuartel,
como los golfos y yo.

Leopoldo Cano

Excomunión y rebeldía

Sixto V, Papa digno de otros tiempos menos calamitosos para el pontificado, publicó una bula de excomunión contra el rey de Francia, Enrique IV de Borbón, «ministro de Satanás».

Después de un violento preámbulo, declara Sixto V que se ve obligado á desenvainar la espada de venganza «contra esa generación bastarda y detestable de la ilustre familia de los Borbones».

«Por consecuencia, en uso del pleno poder que el Rey de los reyes y el Señor de los señores monarcas Nos ha dado, estatuído por Dios omnipotente, por San Pedro y San Pablo, sus apóstoles y por el Nuestro propio, pronunciamos y declaramos que Enrique, en otro tiempo rey, es hereje y relapso de la herejía, y por tanto, culpable de lesa majestad divina, habiendo incurrido por su abominación en las sentencias, censuras y penas contenidas en los santos cánones decretados contra los herejes, relapsos y no arrepentidos; que por el mismo derecho está privado de su pretendido reino de Navarra y de todos los derechos, dignadades y honores, y es igualmente incapaz é inhábil para suceder en el reino de Francia, como también á mayor abundamiento, le privamos á él y á toda su posteridad de todo principado, y declaramos incapaz por siempre á él y á sus herederos de toda sucesión al reino de Francia. Además *absolvemos de su juramento* de fidelidad ó de obediencia á todos los funcionarios y magistrados que se lo hubiesen prestado; mandamos y prohibimos á todos sus súbditos que le den obediencia alguna, y sepan los que contravengan que están desde luego envueltos en la dicha excomunión.»

¿Cómo recibió Enrique IV la bula de Sixto V? Mandó á Roma una protesta que se pregonó por todos los cuarteles de la ciudad. Héla aquí:

«Enrique, por la gracia de Dios, rey de Navarra, se opone á la excomunión de Sixto V, titulado Papa, la tiene por falsa y apela de ella como de abuso al tribunal de los Pares de Francia. Por lo que hace al crimen de herejía, del cual es falsamente acusado por la declaración, dice y sostiene que Sixto, titulado Papa (salvo su santidad) ha mentido falsa y maliciosamente... Si en lo pasado los príncipes y los reyes, sus predecesores, supieron bien castigar la temeridad de tales arrogantes, como este pretendido Papa Sixto, cuando se han olvidado de sus deberes y traspasado los límites de su vocación, confundiendo lo espiritual con lo temporal, el dicho rey de Navarra, que no es en nada inferior á ellos, espera que Dios le otorgará la gracia de vengar la injuria hecha á su potestad, á su casa y á su sangre, implorando á este efecto el apoyo de todos los príncipes, á los cuales afecta este hecho, contra la tiranía y usurpación del Papa.»

Gregorio XIV renovó la excomunión de Sixto V, y los Parlamentos de Francia declararon que «las bulas emanadas de Roma eran abusivas, nulas, sediciosas, escandalosas, obra de la impiedad y la impostura, y Gregorio XIV, enemigo de la paz, adicto á la conjuración de España, fautor de rebeldes y culpable del detestable parricidio alevosamente cometido en la persona del rey cristianísimo Enrique III».

Es implacable la Historia.

EL PAPA CONTRA CRISTO

La séptima, enterrar los muertos.
(Catecismo Cristiano.)

El que enterrase los muertos, sin distinción, sea excomulgado.
(El Papa, y en su nombre, los obispos, etcétera.)

Ha muerto un ilustre modernista: el célebre P. Tyrrell, exjesuíta y uno de los jefes del Modernismo. Murió Schell dos años después de la excomunión papal. Las excomuniones de Roma matan todavía.

A la excomunión el Papa le llama rayo, dardo y venablo. Llámala mortal también.

La excomunión es una llamada al odio y rencor de los doscientos millones de católicos, dándoles orden de perseguir de muerte al sentenciado.

¿Por qué dispara el Papa estos dardos mortales y venenosos contra *los hijos de Cristo?* Nadie lo sabe; sus procesos son secretos, como los de la Mano Negra y de los Nihilistas.

La Inquisición mató como hereje á una joven que no quiso dejarse violar por el paje del obispo. Esto ocurría en Reims siendo arzobispo Guillermo de las Blancas Manos, tío de Felipe de Francia.

Juana de Arco, según propia confesión del Papa, fué asesinada por la Inquisición por ser cristiana, santa y virgen. Abelardo fué condenado por decir que en Dios no hay tres Omnipotentes, sino un Omnipotente.

El Papa rechaza su complicidad en estos asesinatos. Es inútil. Al dar autoridad de matar, declara firmadas las sentencias del subordinado. Si no quisiera hacerse cómplice, desconfiaría de él y revisaría sus fallos antes de consentir que se llevasen á ejecución. Se excomulga y se mata en nombre del Pontífice y de Cristo. Cristo, siendo santo, no puede autorizar el crimen. La muerte de Juana de Arco fué un crimen, según confesión de Pío X, cometido por el obispo en comunión con el Papa y con Cristo. Esto es absurdo. O Cristo se hace cómplice del crimen al sancionar la autoridad para cometerlo, ó es impotente para evitar que se cometa el crimen. Pero el Papa puede evitarlo y no lo evita; *por su oficio* está obligado á evitarlo; por esto cobra, por esto se le concede el palacio, por esto se le nombra. Debe evitarlo, puede evitarlo y no lo evita; luego es cómplice. El Rey no concede á ningún tribunal la facultad de matar á un vasallo sin cerciorarse de la justicia...

* * *

Murió el P. Tyrrell; una de las grandes lumbreras de la Compañía de Jesús, salido de ella asustado de los escándalos del Instituto. El autor de la Encíclica contra el Modernismo fué el jesuíta Steinhuber, el gran inquisidor y el gran excomulgador. Murió

© Biblioteca Nacional de España

Tyrrell, el excomulgado, pero antes murió el excomulgador.

* * *

Cuando murió Schell, los católicos alemanes le proclamaron santo, confesor y mártir. Quisieron erigirle altares. El Papa enfureciése, y declaró excomulgados á los que venerasen al ilustre Schell. El Papa no perdona á los muertos. Schell murió en el seno de la Iglesia. ¡Ni por esto!

Hay dos clases de católicos: unos, católicos en comunión oficial con el Papa; otros, en comunión secreta. Muchos de los que están en comunión secreta con el Papa son blasfemos, adúlteros, corrompidos, simoniacos y ladrones. Estos pueden ser proclamados santos. Serán malditos de Cristo, pero son bendecidos del sucesor de los apóstoles.

* * *

Ha muerto Tyrrell. Un exjesuíta, amigo suyo, le dió la absolución *in extremis* y le acompañó al cementerio.

El diocesano Monseñor Amigo, obispo de Soutwark, al saberlo, ha excomulgado al P. Brémond, que tal es el jesuíta.

He aquí un condenado por haber practicado una obra de misericordia: *la séptima, enterrar los muertos.*

Si el acto merece la excomunión, el que enseñó á practicarlo merece siete excomuniones como *herestarca.*

El que mandó esta obra de misericordia fué Jesucristo, según el *Catecismo de la Doctrina Cristiana.*

Jesucristo queda implícitamente excomulgado de la Iglesia. Esta, no sólo niega que sea una obra santa el enterrar los muertos, sean quien sean, según enseñó Cristo, sino que lo declara acción criminal.

Jesucristo murió excomulgado de la Iglesia por el Sumo Pontífice Caifás, Sumo Sacerdote de Jerusalén y sucesor de David, Salomón, Abraham y Moisés.

Si Cristo viniese ahora, los Pontífices «sus Vicarios» excomulgarían y matarían á Nicodemus, á las santas mujeres que lo acompañaron al sepulcro y á su propia madre. Esta es la ley pontificia y episcopal. Estas son las «obras de misericordia del modernísimo Papa: ahorcar á los que entierran los muertos». Ejemplo: el P. Brémond.

Si Cristo llega á venir, no cogerá ya el látigo para echar á los explotadores del templo; no dirá ya que enterremos los muertos, sino que enterremos vivos á los profanadores de muertos.

CÉSAR † CARDENAL BORJA

Excomulgado y desenterrado por el Obispo de Calahorra.

La cama nupcial

Era costumbre, en la Edad Media, que la cama de los recién casados se bendijera en el acto de la consumación del matrimonio. En Amiens y en otras partes se procedía á esta consagración tres días después de la celebración del matrimonio. Las jóvenes desposadas obtenían dispensa de esta ceremonia pagando veinte, treinta ó cuarenta libras, según su fortuna. Si se sabía que la cama nupcial había sido bendecida sin autorización, el obispo imponía multas de gran cuantía.

En la primera mitad del siglo XIV, los burgueses de Amiens pidieron al rey la reforma de este abuso. El debate se renueva el año 1394 en que el Parlamento decidió la causa á favor de los desposados, diciendo: «que después de la celebración del matrimonio, éste era libre de comer, cenar y dormir á su gusto; y que si alguno quisiera para ello autorización expresa, la obtuviera libre de gastos».

No se dirá, pues, ó no debe decirse, que el progreso moderno, la revolución política han tomado la iniciativa en eso de poner coto á tales arreglos con el cielo. Un parlamento de hombres católicos dió de mano á tan audaz, indecente y clerical socaliña.

UN CASO DE CONCIENCIA

I

El P. Largo entró en su domicilio muy alegre y satisfecho. El sermón que hacía media hora había predicado en las Capuchinas había sido un derroche de elocuencia que había conmovido profundamente al auditorio, contribuyendo una vez más á cimentar su fama de orador sagrado y las exquisiteces de su espíritu religioso.

Jamás lengua de predicador alguno trazó un tan bello alegato en defensa de la pureza, é hizo una descripción más brillante de su hermosura y encanto. Al bajar del púlpito recibió calurosas enhorabuenas, sintió la presión de manos entusiastas, vió ojos húmedos por la emoción, y recibió cinco duros del capellán de las monjas, que le dijo con aire solemne:

—Las madres están entusiasmadas. Cuente usted con la novena de la Divina Pastora.

Sí; el P. Largo estaba contento, muy contento. Poco á poco iba acaparando todos los sermones de la ciudad, hacía sus ahorrillos, compraba títulos de la Deuda, y en todas partes se le adulaba y festejaba.

—Bernardina: ¿cómo va esa cena?

—Ya hace una hora que se está repudriendo en la lumbre.

—Pues vamos á trasladarla al estómago. Anda, enciende la luz del comedor.

Salió Bernardina, y un campanillazo seco, violento, vibró por el recibidor y los pasillos.

—¿Quién será á estas horas?

—Será el sacristán de las Calatravas, que ya estuvo esta tarde á buscarle á usted.

—Algún sermón. Abre, corre.

II

—Es una señorita, que dice necesita ver á usted con urgencia esta misma noche.

—¿Qué quiere?

—No me ha dicho más que eso.

—¿Qué pelaje tiene?

—Va muy decentita y huele muy bien.

—En fin, llévala al despacho; pronto saldremos de dudas.

Cuando el P. Largo entró, la visitante se puso de pie, sonrió cortesmente y le besó la mano.

Aparentaba tener unos veinticinco años, pálida, con grandes ojos negros, rostro agraciado, labios muy finos y aire algo tímido. Su traje era sencillo, algo ajado, pero muy limpio; de toda ella irradiaba cierto olor á violeta casi imperceptible.

La primera impresión del P. Largo fué grata.

—Usted me perdonará, padre, que haya venido á su domicilio y á estas horas á molestarle. Esta tarde he tenido la satisfacción de escuchar su hermoso y conmovedor sermón de las Capuchinas, y no he titubeado un momento en venir aquí.

—¡Encarguito de más sermones!—pensó el clérigo.

—Se trata, padre, de un espinoso caso de conciencia que vengo á someter á la ilustración y experiencia de usted.

El P. Largo frunció el ceño y miró á su reloj. La consultora comprendió la indirecta.

—Seré muy breve y concisa. Yo, padre, soy huérfana hace cinco años, y tengo á mi lado y bajo mi amparo á dos hermanitos más pequeños. Mis padres eran buenos cristianos y sinceros católicos, y me educaron en la práctica de los deberes religiosos que yo he seguido observando escrupulosamente hasta ahora. Primero murió mi madre; después mi padre; con su muerte entró la miseria en mi casa, miseria con la cual yo he luchado con bravura, con valentía, sin desfallecimientos, por mis hermanitos y por mí. Renuncio á describir á usted el calvario que representa la lucha por la vida cuando esa lucha la ha de realizar una mujer sola, joven y honrada.

—Es usted digna de elogio.

—No; me he limitado á cumplir mi deber. Pisando espinas, y pasando horas muy amargas transcurrían los días cada vez menos risueños; mis fuerzas flaqueaban, el trabajo se hacía más escaso, mi juventud se marchitaba lentamente, los ingresos disminuían y poco á poco la situación se ha ido tornando tan angustiosa, que hoy me hallo en absoluto falta de recursos; tanto, que hoy mismo mis hermanitos y yo, y son las nueve de la noche, no hemos probado bocado.

—Sablazo tenemos—murmuró entre dientes el P. Largo, haciendo un gesto que quería decir: «Conmigo no cuente usted...»

Pero la visitante, que leyó en la mente del cura, añadió veloz:

—No he venido á pedir un socorro, sino un consejo. Todas estas amarguras, todas estas privaciones, todos estos sufrimientos físicos y morales terminarían enseguida si yo pronunciara una palabra. En mi camino se ha atravesado un hombre, impetuoso, ardiente, que me persigue sin cesar, con dinero, y dispuesto á remediar con amplitud todos mis deseos, si yo accedo á su pretensión.

—¿Desea casarse con usted?

—No, padre: está ya casado. Quiere *otra cosa*... Le agradecería me evitara usted el sacrificio de explicarme con más claridad.

—He comprendido perfectamente.

—Pues bien, padre, y aquí entra el conflicto y el caso de conciencia que me ha traído á esta casa. Yo soy católica sincera, creyente, religiosa, y quiero conservar á todo trance mi pureza, resolución que se corroboró en mí al escuchar la fogosa plática de usted esta tarde; pero también reconozco que tengo derecho á la vida, y á sus goces, y que no debo sacrificar el porvenir y el reposo de mis hermanos y el mío. El dilema es terrible y no tiene otra solución: ó mi virtud queda en pie triunfante, y llevo á la ruina y á la muerte á tres seres, ó me someto á las exigencias de ese hombre, y conculco mis deberes religiosos. ¿Qué me aconseja usted?

—Hija, el caso es tan raro, tan imprevisto, tan desesperado... ¿No se podría esperar, dar tiempo?...

—¿Esperar sin comer?...

—Pudiera usted volver á hallar trabajo.

—He agotado todos los medios.

—Acaso ese hombre desista de sus proyectos...

—Es incansable... En la esquina está esperando mi última respuesta.

—Pida usted ayuda á la Virgen.

—¡Hace tantos días que se la pido en vano!

—Puede acudir á personas caritativas.

—He hallado cerradas todas las puertas.

—Acaso mañana cambien las cosas y...

—Mis hermanitos me esperan temblando de frío y muertos de hambre... No, padre, no se esfuerce en darme consuelos estériles. La cuestión fría y escueta se reduce á estos términos: «El derecho á la vida, ¿es superior al deber de la virtud?» ¿Qué me aconseja usted? ¿Qué me responde...?

El P. Largo se rascó la cabeza, cruzó las manos, inclinó la frente y se quedó pensativo. La puerta del despacho se abrió suavemente y asomó la cabeza de la Bernardina:

—Señor, con permiso de esta señorita, ¿saco la cena á la mesa?

El P. Largo se levantó como electrizado, y dirigiéndose á la consultora le dijo:

—Sí; la vida es antes que la virtud... Esta solución no será muy teológica, pero es la más humana.

Y despidió á la consultora, que se alejó con la alegría retratada en el rostro.

FRAY GERUNDIO

Barcelona, Noviembre 1909.

LA POESÍA DE LA PROSA

De América, unos paisanos de mi Asturias, humildes comerciantes, se les ocurre pedirme un artículo para un grupo de Escuelas que, con excelente filantropía, van á inaugurar sobre estos campos húmedos, entre el canto de nuestros arroyos, bajo la bruma de nuestro cielo, entre los penachos de humo de nuestra industria.

Si este artículo se me solicita no hace todavía mucho tiempo, es seguro que no lo hubiese escrito, aun prometiéndome que los brazos se me volviesen de oro. Primero, ¡vive Dios! pondría al tajo la diestra y la siniestra manos.

Andaba yo por entonces tan suspendidos ojos, alma y cuerpo de las estrellas, que hubiese sido fiero porrazo y tremenda desilusión caer desde tan alto para que la tierra me recordase la fragilidad de los huesos y no me olvidase de esta armazón miserable y sucia, tripas, huesos, estómago, que llevamos pegada á nuestro triste y ridículo neuro esqueleto.

Era cosa para mí harto despreciable escribir para los no «iniciados,» para los que acaso en su vida no cojan la pluma con otros menesteres que los de llevar librotes comerciales, escribir á la familia, y, si se trata de flores de la imaginación, para atizar á la novia ó á la fiesta onomástica de la tía más cercana un soneto, una oda ó ya vulgares pareados. Me había cercado de marfil, y, como á temible castillo roquero, nadie se aproximaba sin recibir un balazo de mi orgullo. Se llegaba á mí entre claro son de clarines en los que brillase luz de poesía. Entonces, como por encantamiento, se tendían los puentes de mi torre de marfil, giraban abriéndose las pesadas puertas, cubiertos quedaban los fosos.

Andando el tiempo, y realizándose fuera y dentro de mí las lógicas transformaciones, fuí encontrando poesía en todo, poesía en la prosa, belleza en la vulgaridad, en la fealdad. No cultivo la paradoja, y creedme lo que os digo de la mejor buena fe: el mismo dinero, que despreciaba sin darme cuenta de que en él había residido todo mi bienestar, todos mis anteriores ensueños de oxígeno, de alta idealidad, se me antojó cosa muy apreciable. Comprendí el ideal-dinero, comprendí yo, generoso, romantico, pobre y español, la felicidad del avaro amontonando tesoros, el ideal mismo del tendero persiguiendo el céntimo, aumentando su cuenta corriente, ampliando la vulgar tienda de comestibles.

Yo, con todos los mantos reales que tejía la fantasía, era sólo un pobre diablo, candidato á morir á la intemperie, según la frase de un compañero equilibrado y cruel, que entonces la pronunció, y no vi tan despreciables como yo venía creyendo á los demás mortales para no preocuparme de sus luchas, de su trabajo, de todas sus diversas maneras de manifestarse. Los demás mortales sabían, pues, algo más que yo; sabían no morirse á la intemperie.

Hoy mismo, cuando escribo estas líneas y pienso en vosotros, trabajadores, luchadores en tierras de América, pongo un cariño en las cuartillas cual si escribiese una carta amorosa á mi amante la luna.

Es, que esta mañana, en una de mis excursiones por el campo, percibí un runruneo de colmena, escapándose de unos ventanales amplios. Estaba frente á una Escuela moderna. Los niños, nuestros hijos, nuestro orgullo, se iniciaban en la Belleza, que se ha refugiado en los misteriosos y fantásticos escondrijos de la Ciencia. Aquél era uno de los cantos más fecundos de la hormiga, que canta silenciosamente, sin el estruendo estéril de la cigarra. Aquella era la obra de un trabajador, de una hormiga, que luchó en América, y ahora se ponía alas para cantar á la Ciencia, entonando así un himno triunfal á la Belleza.

Es que también, hace días, latían interesados por los esclavos del terruño el corazón grande y romántico de un valiente propagandista radical y el mío. Marchábamos penosamente á caballo por entre estas agrias montañas. Yo, más escéptico y menos valiente que el hombre de fuego compañero, cabalgaba entristecido, caída la cabeza, desmayada la roja bandera del corazón. Miraba sobre el horizonte la silueta del hombre de fuego. Creíame en las páginas de Nuestro Señor Don Quijote buscando aventuras y desfaciendo entuertos. Pero hablamos. Sacamos retorcida de dolor la España que llevamos dentro del alma, y la masa se agitó, rugió, se rebeló. Y el esfuerzo que yo diputaba estéril no lo fué. Y el pueblo que yo creía inaprovechable, despreciable por incapaz de grandes rasgos personales y afirmativos, se manifestó, desbordó la sangre excitada por las bocas calenturientas de entusiasmo.

Caía la tarde cuando volvíamos por el camino donde yo había pasado enfermo de escepticismo. Volvía curado, sano; quizás enfermo de entusiasmo, quizás con excesivo pronunciamiento en el corazón. Y volví los ojos al batallador, al luchador incansable, al hombre de fuego. Tras de nosotros seguía el pueblo, frenético. Ya no estábamos solos.

Y encontré un inmenso caudal de belleza en estas cosas prosaicas: intereses, equilibrio económico, capital, hasta en el rudimentario pan de cada día. Pensé entonces que á las hormigas está encomendada una formidable labor, y que en esa labor está un gran himno de belleza. Pensé que en un pueblo decadente, enfermo, y en una sociedad injusta y cruel, es un crimen cerrar los ojos y taparse los oídos para no ver los horrores y para no oir los lamentos, las protestas, las quejas, las blasfemias de indignación. La sociedad arde como Roma; dentro se retuercen de dolor muchos hombres que son nuestros padres, nuestros hijos, nuestros hermanos. No hay derecho á sentirse Nerón y cantar mientras nuestros padres, nuestros hijos y nuestros hermanos lloran, agonizando. Antes hay que adquirir la serenidad augusta que sucederá al alegre repique universal, al canto de las campanas, el día que se aplaquen las luchas del pan para el estómago y para el cerebro.

A. MUÑOZ DE DIEGO

Oviedo.

LAZO QUE NOS TIENDEN

Se habla de reformar el Concordato. Hay que oponerse. Dadas las corrientes actuales, el nuevo nos sería más oneroso que el actual.

Una persona muy ilustrada ha dicho:

«En plata lo que se desea es legalizar la vida de todos los frailes nacionales y extranjeros; aumentar las prerrogativas de Roma y las facilidades de que nos explote; mermar las regalías del Estado y aniquilar al clero inferior. Fíjense la opinión y el clero en estas consideraciones:

1.ª Dada la actual abyección de España y el engreimiento del Vaticano, éste no ha de aceptar, ni en principio, negociación alguna que no le sea favorable, y, por lo tanto, perjudicial á nuestros intereses.

2.ª Dado el criterio de los Papas, siempre ha de resultar perjudicado el clero inferior y favorecidos el alto y los frailes, que son los suyos.

3.ª Sin grandes compensaciones á su beneficio, el Vaticano, en manera alguna hará ni sombra de aparente concesión al Estado; aparente, porque toda concesión real le sería nociva al Papa.

Y como algo se quiere hacer para dar la dedada de miel á la opinión, necesariamente este algo será, desde luego, nocivo al clero español, al Estado y al pueblo, como necesariamente han de serlo todas las componendas con Roma, cuando las realizan poderes que en el fondo son hechuras y esclavos suyos, en vez de procuradores de un pueblo culto y fuerte.»

Esos razonamientos no tienen vuelta de hoja. Hagamos propaganda desde luego en contra de la reforma del Concordato.

Por lo pronto, ya se atribuye á un alto personaje del Vaticano el aserto de que la Santa Sede no se opondría en modo alguno á la revisión, si el Gobierno de España la pretendiera sin intenciones de hostilidad.

Y en este sentido ya ha hecho también el Sr. Pérez Caballero una declaración, que publica *El Momento*, de Turín.

Ha dicho el ministro que «el Gobierno español procurará resolver el problema religioso, pero siempre de acuerdo con el Vaticano», y que «las reformas á que España aspira no tienen carácter agresivo contra la Iglesia ni contra los católicos».

Pues si no tienen ese carácter ¿contra quién van? Contra el de siempre: el pueblo español.

© Biblioteca Nacional de España

VICH

El periódico "católico"

Al señor Torras Bagés.

Hunco á la vista dos números que me han sido servidos por la redacción con llamadas á dos colores sobre artículos referentes á Ferrer, Portet, Serra y á mi juventud.

Después de agradecer la atención del envío, si es que no había propósito de insulto y agresión, y agradeciendo más la invitación que me hace á «cambiar de ruta si no quiero ser víctima del masonismo» brindándome á serlo de la benévola Inquisición, de cuyas garras apenas saqué el alma después de haberme dejado en su potro el cuerpo; cumplido este deber de corrección, para evitarle el trabajo de enzarzarse conmigo, le haré mi biografía en dos frases, sacada, la una de Alfbaud:

«Y'appartiens á une famille pauvre, et par conséquent honnête» (1), y la otra copiada del *Julián* de Stendhal:

«¡Quelle misére!... Ma vie n' est qu' une suite de hypocrisies, parce que je n' ai pas mille francs de rente pour acheter du pain» (2). Hele aquí ahorrado su trabajo.

Hace un emplazamiento á Jaime Benet «ahora sacerdote ejemplar» (y antes y después y siempre ejemplarísimo en todo, sin necesitar testimonio de papeles ni de paparruchas episcopales, pues su virtud es de las que no suenan á hueco) á rectificarme un «algo» de lo que dije en mi artículo sobre Portet. ¿Dónde está ese algo rectificable? ¿Y cómo va á rectificar ni á ratificar mi queridísimo Benet, si ni él es capaz de mentir, para dar gusto al obispo, ni tampoco puede materialmente contrariarle, recordando como debe recordar la «lenidad» que gastan tales señores?

Queda terminado este incidente: vamos al estudio psicológico de un periódico *católico* de Vich, órgano del palacio episcopal y por tanto arquetipo de los demás órganos catedrales y parroquiales.

Lo primero que debe saber el lector es que en Vich hay tres partidos que se disputan la preeminencia clerical: el integrista, el carlista y el episcopal. Los tres se pasan la vida fiscalizándose y despellejándose piadosamente. De este pugilato en la piedad salen las trapatiestas aquellas que convierten catedral, seminario y ciudad en una deliciosa balsa de ranas, á quienes á duras penas puede imponer silencio el obispo, especie de Júpiter local, lanzando sobre el cotarro el pastoral cayado.

El Sr. Torras, mi presunto interlocutor, procede de origen mestizo, al igual que su antecesor Morgades, del cual es apéndice; su órgano arrima el ascua á la sardina episcopal, intentando sacar partido ¡incluso de Portet y de mí! para mortificar á los integristas.

Estos poseen allí un semanario, *El Norte Catalán*, de mi fundación y continuador de *L'Independent*. Los integristas de Vich se avergüenzan de este parentesco, y aún han tenido la osadía de negarlo. Son pobrecitos de espíritu que se ahogan en una gota de agua. No son integristas, ni *na;* los últimos que fueron salieron del partido conmigo, llevándose toda la integridad; los que quedaron con Nocedal formaron después y siguen formando hoy el rabillo del jesuitismo, sirviendo de moscones para molestar ciertas partes sensibles de los obispos poco afectos á la Compañía. Los integristas eran Salés, Cortés, Miás, Maciá y otra porción de gentes bragadas, muy hombres ellos, muy intachables ellos, muy libres de toda mancha de simonía y rastrerismo, tan severos en el cumplimiento de su deber como en la exigencia de su derecho. Esos otros... son *na;* espigadores del rastrojo del partido, que hacen que hacen sin hacer, y cuya labor reducese á *politiquear* para sacar el mendruguillo, para conservar una apariencia de personalidad y... por ser incapaces de ir adelante ni atrás.

No, Sr. Torras; esos integristas actuales no producen *Portets*, ni Serras, ni Bonets, ni nada que valga la pena; no sirven para fritos ni para asados; de ahí sólo salen gallinas ó viboreznos. Hace mal su periódico en culparles á ellos de nuestros pecados, siendo así que fueron siempre nuestros enemigos. Esos no fueron nunca integristas, sino los mestizos del integrismo. Son jesuítas de los que «renunciaron en Nocedal la facultad de pensar», como Nocedal la tenía renunciada en los Padres de su inteligencia.

Así y todo, si esos pobretes no se atreven á contestar debidamente á su periódico, yo les daré una mano, pues si el *Norte Catalán* puede renegar de ser hijo mío, yo no debo renegar de ser su padre cuando necesitase de mi auxilio. Y de fijo que el propio señor Morgades, cuyo espíritu de curiosidad érale irresistible, sale de su sepulcro de Ripoll para presenciar el espectáculo de un «escritor motinesco» sacando de sus apuros á los integristas acusados por su obispo. ¡Poco que le divertían á él estas funciones!

Pero vea, Sr. Torras, el ciempiés que resulta su periódico y el descrédito en que pone á la prensa «católica». Dice, por ejemplo, de mí, que «con mi talento sofístico había engañado á mucha gente: en Vich, con *L'Independent;* en Osma, con *El Oxomense*, y en Soria, con *El Urbión*». ¿Es usted el inspirador de este suelto? En tal caso debo decirle que es usted irrespetuoso con sus hermanos los obispos Lagüera y Guisasola, censores de *El Oxomense* y colaboradores de él; y si *El Oxomense*, siendo órgano episcopal, engañaba á las gentes, ¿qué confianza podrán merecer los otros órganos? ¿No podrán decir de los de usted lo mismo?—¿Qué tal le parece este sofisma?

En cuanto á *L'Independent*, es excesivo favor el que me resulta de ese certificado. Porque salí de ese país teniendo dieciocho años; y si es cierto lo que dice su periódico, que las gentes de esa tierra no son *llanuts* ni tienen pizca de borregos, ¿cuál talento prodigioso habrá sido el mío de saber engañar *tanta* y tan avisada gente ya antes de entrar en quinta? ¿Y cómo no temerá que les engañe ahora que escribo por mi cuenta sin previa censura y sin reparo á las excomuniones? ¿Y para qué habré querido el talento de *sofista*, si ni siquiera me ha servido para ser cardenal, ni para «engañar» ninguna viudilla rica, ni para crear una revistaza que me librase de la perversa compañía de EL MOTÍN, siquiera por no darles á ustedes el placer de insultarme intencionalmente con su adjetivo de «motinesco»? Alerta con los sarcasmos, Sr. Torras; no sea que pida al Sr. Nakens la publicación de aquel famoso dibujo aparecido en el claustro de su catedral con un respetable eclesiástico llevando en el pecho la Gran Cruz de Carlos III y á su lado Cristo, camino del Calvario, con la no menos famosa inscripción:

«Ambos llevaban la cruz;
ninguno la merecía.»

Hablando de Portet, en un sitio afirma que estaba dado al estudio de las lenguas, sin quedarle tiempo para otra cosa; en otro lado hace recaer sospechas, tanto más maliciosas cuanto más vagas, sobre los motivos por los cuales *fué expulsado* del Corazón de María; y en otro sitio, sin darse cuenta del lío que se está armando, cuenta que le perdió «el orgullo».

«Orgullo... Talento sofístico...» Apuradillo andaría usted para definirme esos conceptos tan útiles para salir de los atolladeros clericales. Más cómodo le fuera echar la culpa al pobre Diablo, que es el Dios del Mal, que sirve de cabeza de Turco á todos sus mandobles de ciego. El *diablo del orgullo* perdió á Portet; á mí me perdió el *diablo del talento sofístico;* no hay como la santa abyección y santa necedad para mantener las gentes en la senda de la gracia eclesiástica. A muchos sabios y personas dignas quemó la Iglesia; jamás leí que quemase á un asno. El asno está confirmado en la fe y en la obediencia; es incapaz de herejía y de rebeldía mientras le den «forraje» (palabra de su lexicon).

En otros dos artículos trata de Ferrer y del célebre brindis palatino. Quedamos en que, por confesión del Sr. Serra, en el brindis no estuvo presente usted. ¡Seguro! No es usted tan indiscreto. Ni delante de usted se habría celebrado aquella eucaristía estupenda.

Empero, séame usted franco como yo voy á serlo. Conociendo, como conozco, el carácter de esos buenos clérigos, á partir de su punto de mira, no hallo gravedad en el hecho, ni veo por qué su periódico ha de poner el grito en el cielo contra el *infame difamador;* y, sin haber sido testigo de los hechos, afirmo que tan verosímil como es la narración de Serra, es inverosímil la indignada rectificación de su órgano.

Porque es cierto, innegable y evidentísimo que el fusilamiento de Ferrer fué movido, ansiado, pedido y reclamado como necesidad perentoria de la Iglesia universal. Este era uno de los principales incidentes de la represión exigida en nombre de Dios y de los Santos por la Carta del Cardenal Vives, por la circular de mi compaisano Palmarola y por la Pastoral del obispo señor Cortés, de que oportunamente dió noticia la prensa, y que fueron celebrados por el coro general de la prensa católica. A cada avance de la causa y á cada probabilidad de *fusilamiento, en ese companario* de la Iglesia llamada prensa católica, había repique general, echando á vuelo todas las campanas. Tratábase, por tanto, no ya de un suceso fausto, sino del suceso más fausto que la Iglesia creyó tener en estos últimos cuarenta años. Fusilado Ferrer, vendría otro y otro y otro, hasta dejar libre de *cizaña* los trigos pontificios. ¿Es esto? Pues en tal caso era naturalísimo que los familiares de usted, al recibirse en Vich el telegrama del fusilamiento, celebrasen entusiásticamente el gran triunfo de la fe, y entonasen el *gaudeamus omnes in domino* echando una cana al aire y una copita al estómago «para alegrar el corazón». Y ellos no verían más: ni se darían cuenta que con esto remendaban siniestramente la Eucaristía, como tampoco los judíos veían al deicidio, según aquello: «á aquellos á quienes Dios quiere perder, primero les ciega», para poderles decir socarronamente: tú te perdiste; yo no hice más que arrancarte los ojos.—Ya ve usted como este es un hecho de psicología no solo clerical, sino corroborada por la Biblia. Y sólo al leer los comentarios de la prensa, se darían cuenta del estropicio...

Ese brindis en Vich carece de importancia: ¡cuantos centenares debieron celebrarse! La importancia lo adquiere fuera de ahí en donde la mayor cultura del gusto estético y la mayor circunspección puso de relieve lo macabro de la escena, revelando cierta ferocidad de instinto antropofágico desconocido del que lo padece; hecho macabro emparentado directamente con el del infeliz Clemente García que creyó dar prueba de bizarría bailando con una momia. ¡Cómo va á ser inverosímil ese hecho macabro, si todavía resuena en mis oídos la macabra canción funeral cantada por todo ese obispado, celebrando la muerte de un *jefe* del ejército!

«Cabrineti ya está muerto,
ya le vamos á enterrar;
le echaremos tierra encima
por jamás resucitar.
Sólo tú, bien de mi vida,
rezarás una plegaria
con un hacha funeraria
que le alumbre sin cesar...»

¿Quiere usted que le descubra una escena *macabra* que se produce ahí todos los días del año, á su vista de usted y sin darse cuenta nadie? ¡Esto sí que es macabro, é inverosímil... y, sin embargo, es real! A orillas del río Gurri y junto al puente de la carretera de Vich á Taradell, encuéntrase una familia de niños destrozados de ropas, descalzos de pies, cubierta la piel de una capa de barro á guisa de corteza, escuálidos, mordiendo á las veces mendruguillos de pan que desecharían los perros de muchas casas. Esos niños son *hijos del obispo de Vich*, si no mienten las Pastorales, y hermanos de los canónigos, si no mienten en los confesonarios y púlpitos. Y, sin embargo, de esta *macabrerie* estupenda, se agrava con otra mayor, á saber: que Vich y el cabildo gastan *cuatrocientas mil pesetas* en embadurnar de pinturas las paredes de la Catedral... ¡Archimacabro! Este sí que es cuadro digno de grabarse al agua fuerte en la puerta del Sagrario...

Acabemos, Sr. Torras. Ese mismo periódico que se presenta lleno de irritación contra la suposición del brindis palatino, habla repetidas veces de Ferrer, á tono siempre de esta frase que traduzco: «La repugnante figura del tan estúpido como mal intencionado Ferrer...» Cualquier fisiólogo sabrá decir que esas palabras se traducen á la mímica con un salivazo sobre el cadáver del fusilado; y este gesto y aquella frase públicas, que hacen perder de vista al escritor la honestidad profesional y la compostura ante un difunto, son tan macabros como el brindis. Y el instinto estético es el mismo que deja junto al Gurrí los hijos de Cristo, embruteciéndose en todas las miserias, y derrocha *ochenta mil* duros en pintarrajear unas paredes, «creyéndose honrar á Dios», pintando la caridad en el templo para escarnecerla inconscientemente en la calle. El que escribe eso ante el público contra un ejecutado, brindará á su muerte, si viene al caso, y bailará con una momia si el maestro no le enseñó á tiempo el mal gusto de profanar los muertos.

Así escribe y así se lee un periódico «católico» en Vich, cogollo del clericalismo universal, en su año de gracia de 1909.

Puede ahora usted entretenerse en deshilar estos sofismas.

S. PEY ORDEIX

(1) Pertenezco á una familia que por ser pobre era honrada.

(2) ¡Cuánta miseria... Mi vida es una seguidilla de hipocresías; y todo por no tener mil francos para comprar pan.

Los automóviles

Serían las cuatro y media de la tarde del domingo, cuando la niña de diez años, Juanita Picqum, intentó cruzar la calle de Alberto Aguilera, frente á la de Galileo.

En aquel momento un automóvil que iba con enorme velocidad atropelló á Juanita, pasándole por encima y dejándola tendida en medio de la calle.

El chauffer que conducía el auto, en el que iban varias personas, dió toda la velocidad al coche y desapareció en medio de la indignación del público, que comenzó á pedir á gritos que lo detuvieran. No se sabe de quién es ni qué número tiene.

Los transeuntes cogieron á la infeliz niña, que no daba señales de vida, y la llevaron á la Casa de Socorro más próxima, donde fué curada de varias heridas en el pecho, cara, cabeza y manos. Además la infeliz criaturita padecía conmoción cerebral y visceral. En muy grave estado pasó al Hospital de la Princesa.

¿Remedio á esto, ya que las autoridades no se lo ponen?

Sacar licencia de armas todo el que pueda comprar una escopeta, y salir con ella á la calle, para cazar á la canalla que va á escape por las calles, atropella y escapa.

Historiador católico

«Encontrábanse en Calabria muchos sectarios que habían ido anteriormente del Piamonte y practicaban como los vandeses los ritos religiosos de otra manera que los católicos; eran tan tolerados allí por los señores del país, porque eran pacíficos y pagaban sin murmurar las contribuciones. A la noticia del triunfo de la Reforma en Alemania, mandaron diputados á Ginebra para pedir doctores, que, en efecto, fueron al país é hicieron prosélitos. El cardenal Alejandrino, entonces inquisidor de Roma, envió por su parte misioneros y dejó oir amenazas sin ningún resultado; recurrióse, en su consecuencia, al brazo secular. El Duque de Alcalá, virrey de Nápoles, hizo marchar á aquel país á un juez con un destacamento de soldados que, secundando á los misioneros, precisaron á aquellos desgraciados á ir á misa, y castigaban á los morosos tanto en sus bienes como en sus personas.

Impulsados á la desesperación, tomaron las armas y pelearon, primero en escaramuzas y después en batallas campales.

En fin, habiendo sido derrotados, buscaron un refugio en la Guarda-Lombarda. La fuerza y la traición los vencieron allí; fueron cogidos y juzgados sin piedad; los que persistieron en sus creencias sufrieron la muerte con atroces tormentos. No fueron menos de 600 los suplicios, y cuéntase que el verdugo despachó en un solo día á 88 condenados, sin tener tiempo más que para coger el cuchillo con la boca cuando acababa con uno y *mientras* ataba *una venda* en la cabeza del siguiente. Su jefe Luis Pascal fué quemado en Roma.»—T. 29, p. 152. C. Cantú.

Bibliografía

Ocho libros nuevos acaba de publicar la popular casa editorial valenciana de los señores F. Sempere y Compañía.

El atraso de España, por John Chamberlain.

El autor ha residido largo tiempo en España y ha hecho un completo y minucioso estudio de nuestras instituciones sociales y políticas, nuestra agricultura, industria, comercio, etcétera, con tal fidelidad y desapasionamiento, que parece imposible sea la obra de un escritor extranjero, aunque de tan alto renombre como Chamberlain.

Su amor á España y su deseo de que ésta ocupe el lugar que le corresponde en el concierto europeo le hacen ser severo en sus juicios, aunque siempre justo, y al pinta con colores sombríos nuestro estado actual, señala las causas que lo producen y profetiza un brillante porvenir á nuestra nación el día que logre extirpar de raíz los dos cánceres que la corroen: el caciquismo y el clericalismo.

La traducción directa del inglés está admirablemente hecha por el notable escritor que firma con el seudónimo de *Cascalla*.

***

William Shakespeare, por Víctor Hugo.

El inmortal autor de *Hamlet* no pudo encontrar mejor cantor de sus glorias que el inmortal autor de *Nuestra Señora de París:* un genio del presente rindiendo homenaje de admiración á un genio del pasado.

William Shakespeare, obra poco conocida en España, es un canto á la poesía de todos los países y de todas las épocas, un canto épico, un canto... de Víctor Hugo.

***

De Máximo Gorki son los cinco volúmenes siguientes, que completan la colección de los ya publicados por esta casa. *Estudios filosóficos y sociales. Los hijos del Sol* (drama). *Los bárbaros* (drama). *En América*, estudio del estado actual del proletariado en Norte América. En *Entrevistas*, simulando interviús con los principales soberanos europeos, describe Gorki el estado de servidumbre á que se halla reducido el proletariado en Europa.

***

La indigencia espiritual del sexo femenino, por Roberto Nóvoa.

Esta tan debatida cuestión, en la que han intervenido las principales celebridades mundiales, la plantea el Sr. Nóvoa de un modo nuevo, y por medio de cuadros gráficos demuestra que en el sexo femenino pierden los órganos reproductores de la especie lo que pueda ganar el cerebro, sin que por esto sea capaz de llegar la mujer á los linderos del genio.

Todos estos libros llevan en la cubierta el retrato de su respectivo autor y se venden á peseta el tomo en todas las librerías.

***

Como si hubiera prisa para rematar el presente y aciago año, apresúrase á mostrarse el próximo en forma de calendario. El primero que recibimos, es precisamente también el primero que publica la Casa Editorial Maucci de Barcelona con el título de *Almanaque Ilustrado Hispano-Americano.* Aparece impreso en magnífico papel satinado, con artísticas cubiertas al cromo, y en sus 224 páginas hay lectura amena de los mejores escritores españoles y americanos, poesías, cuentos, datos estadísticos de las principales naciones, etc., además de 154 ilustraciones, entre ellas 65 fotografías de los conventos incendiados en Barcelona, además de una narración exacta de la semana trágica, el último retrato de Ferrer Guardia y otras informaciones interesantes del año. Precio en todas las librerías, una peseta.

© Biblioteca Nacional de España

SECCIÓN AMENA

CUADROS VASCOS

"Garrafón" en el convento

—Por Dios y por todos sus santos se lo encarezco, mi querida doña «Gúmer», no deje usted de mandárnoslo bien tempranito—dijo la madre superiora, acompañando hasta la puerta á la enlutada viuda de don Nemesio.—Mire usted que esas turbas, según nos aseguran los «luises», vendrán el domingo dispuestas hasta á quemarnos vivas.

—Si no hubiese caído ayer Maura, también yo creo que sí, madre; pero habiendo caído ya, espero que no se corra tal peligro. De todos modos, el domingo á primera hora tendrán ustedes aquí á «Garrafón». Y no se apuren ustedes, que, contando con ese hombre, no hay cuidado ninguno. «Garrafón», por cinco duros y la comida, es capaz de concluir él solo con todos los revolucionarios del pueblo. Ya lo verán ustedes, madre; es de lo más fuerte, de lo más salvaje y más animal que ha echado Dios al mundo.

—Gracias, mi querida doña «Gúmer», muchísimas gracias por este inmenso servicio que usted nos hace y que jamás se olvidará en el convento—concluyó diciendo la madre superiora, mientras entornaba la puerta para que saliese la viuda de D. Nemesio.—Ya se lo avisaremos ahora mismo á los «luises», que se han ofrecido á venir á defendernos, para que estén los pobres más tranquilos.

***

Llegó por fin la mañana del domingo, una mañana invernal, fría y lluviosa, cuyos primeros clareares, asomando por los enrejados ventanales del edificio, apenas si lograron serenar un poco á las buenas madres de sus nerviosidades y temores en aquella noche interminable. En vela y rezando, para que el cielo se apiadara de ellas, habíala pasado devotamente toda la comunidad. Ahora, más tranquilas al parecer, más resignadas al sacrificio después de la solemne comunión celebrada en la capilla, departían con sus trece «luises» defensores, que, armados todos, estaban allí desde las cinco esperando en el claustro cercano al portal la llegada de «Garrafón.»

—¡Púm!... ¡Pám!... ¡Púm!...

Corrieron amedrentadas las monjas al escuchar aquellos tres formidables golpes que contra la puerta del convento habían dado; siguiéronlas la mayoría de los «luises», no por la causa que las hiciera huir á ellas, sino para recomendarlas calma y serenidad, ya que allí estaban los trece decididos á que no pasara nadie más que sobre sus cadáveres; y cuando el más valiente de todos, amartillando el rifle y echándoselo á la cara, avanzaba hacia la puerta, resuelto á preguntar quién era, otros tres golpes volvieron á sonar con estrépito.

—¿Quién vive?...—interrogó el «luis», después de un silencio, con voz ronca y temblona por el coraje.

—¡«Garrafón», hombre, «Garrafón» soy!—respondieron con mal humor desde fuera.—¡«Abriros» pronto, reconcho!...

—¡Allá va!—gritó el «luis», respirando satisfecho y corriendo á quitar los cerrojos de la puerta.

—¡Cuidado, tú, cuidado!...—advirtió entonces con voz de tiple, asomando por una ventanuca en forma de tronera, otro «luis» que desde hacía una hora estaba allí de centinela.—¡Que puede ser una escaramuza!...

—¡Que sea, no importa!—replicó el advertido, con gran desprecio de la muerte.

Y por si acaso, nada más que por si acaso, preguntó nuevamente:

—¿Quién es?...

—¡«Garrafón», reconcho!—contestaron con peor humor que el de antes.—¡Ni que «estariais» sordos!...

El «luis», sereno ya por completo, colgóse el rifle del hombro, empuñó con la diestra una de las pistolas Browing que llevaba en la cintura, y abrió la puerta con la izquierda. «Garrafón», chorreando agua, porque caía entonces un chaparrón formidable, entró sacudiéndose como un perro de lanas recién salido del baño y atemorizando á todos con sus resoplares de foca.

—A patadas me he tenido «obligasión» de llamar, porque con tanto cartucho, «igual igual» vengo que si sería manco—dijo después de dejar en el suelo dos enormes paquetes que en las manos traía.—Doña «Gúmer» se piensa que no hará falta ninguno, pero por «un si es caso, ochosientos sincuenta» me traigo con perdigón de liebre.

—¡Cierra, cierra bien la puerta!—volvió á advertir con su voz de tiple el centinela.—¡Que puede colarse alguno!

—No, mejor es que dejéis abierto para que le ase al primero que asome—dijo «Garrafón» frunciendo el ceño.—Lo que es como quieran entrar, ni Dios queda vivo.

—¡Qué bárbaro!—exclamaron tímidamente varias voces.

—¡Oraaaaa pro nobis!...—comenzó á decir el loro que allá en lo alto de la portería tenían las monjas—¡Oraaaaa pro nobis!...

«Garrafón», muy serio, volvió la cabeza y miró con curiosidad hacia el animalito. En cierta ocasión se había comido uno igual, que decía: «Yo soy tooooorero.»

Luego, pasando por entre las dos filas de «luises» que, como á general en jefe, habían salido á recibirle, adelantó solemne y cachazudamente hacia las buenas monjas, agrupadas otra vez en el claustro é impacientes por ver de cerca aquella maravilla de brutalidad. Los clavos enormes de sus botas de caza, cayendo pesadas sobre el entarimado piso, dieron al oído la sensación de que entraba allí un caballo. Las buenas monjas, admiradas de la estatura, del grosor extraordinario de «Garrafón», del terrorífico aspecto que el hombre presentaba con la boina metida hasta las cejas y la gran escopeta de dos cañones terciada á la espalda, dieron sin quererlo unos pasos atrás.

«Garrafón» se había pertrechado y vestido, dado lo grave de las circunstancias, como para la caza del jabalí. Hasta el cuchillo de monte llevaba para rematar á los asaltantes que no murieran del primer tiro.

—«Salú» y pesetas tengan todas ustedes—dijo, pretendiendo sonreir y sin quitarse la boina. Y luego, encarándose con la más guapa de las monjas, añadió:—¿«Usté» es la superior?...

—No, señor; la madre superiora es ésta—respondió temblando la bella monjita.

—¿Cuál?... ¿Esta tan vieja?...

—Sí, señor, yo.

—Pues no pensé, la «verdá». Como doña «Gúmer» me dijo que hablaría con la más superior..,

—En edad y gobierno, señor mío—apresuróse á rectificar la madre, mientras los «luises» se miraban aterrorizados. Y agregó, sonriendo amabilísimamente para vengarse de la grosería sin que «Garrafón» se enfadara:—Tenía razón doña «Gúmer» al decirme que era usted muy bruto.

—¡El que más de todo Bilbao!...—asintió «Garrafón» orgullosísimo.—¡Como que campeonato tengo!...

—¡Oraaaa pro nobis!—tornó á decir el lorito, haciendo volverse otra vez á «Garrafón».—¡Oraaaa pro nobis!...

Desfilaron poco después las monjas por la vecina puerta del refectorio, gozosas las pobres por tener ya en el convento á aquel energúmeno y poder desayunar con sosiego; apresuráronse los «luises» á poner cerca de «Garrafón» los dos grandes paquetes de cartuchos, y luego de acondicionar, para la mejor defensa del claustro, una barricada con varios bancos, media docena de colchones y cuantos tiestos tenían en el jardín, recomendáronle la custodia de aquel puesto de honor y fueron poco á poco desapareciendo por la escalera del fondo del claustro, con sus rifles y sus pistolas Browing, para tomar posiciones en la torre de la capilla y en las más altas ventanas del edificio.—¡Allí, allí estaban ellos!—parecían decirle con sus fieras miradas.—¡Ellos los valerosos «luises»!...

«Garrafón» que les había dejado maniobrar á su gusto, mientras se quitaba la chaqueta, primero, y luego los pantalones, para ponerlos á secar junto á la estufa, encendió un pitillo en cuanto desaparecieron, y comenzó á pasear por el claustro con la misma confianza que si en su casa estuviera. Vuelta va, vuelta viene, deteniéndose de cuando en cuando para contemplar los cuadros del viacrucis que adornaban las paredes, oyó dar las siete y acudióle en seguida el recuerdo de que no había almorzado. Aquello de guardar conventos, por lo visto, era muy distinto de aquello otro de romper las urnas para que no saliesen concejales los neos, que solía encomendarle el difunto de doña «Gúmer», aquel gran liberalote que se llamó D. Nemesio.

—¡Oraaaa pro nobis!...—volvió á decir el lorito.—¡Oraaaa pro nobis!...

—¡Cállate un poco, reconcho!...—gritó «Garrafón», contrariado porque le interrumpían en sus meditaciones.—¡Que ya me estás jorobando!...

—¡Oraaaa pro nobis!...—continuó el lorito.—¡Oraaaa pro nobis!...

Entonces—siguió pensando «Garrafón» cuando se calló el pájaro,—y sobre todo cuando la elección iba bien para los liberales, la «tripada» comenzaba desde primera hora y no se paraba de tragar ni tan siquiera un minuto. Ya estaba viendo que había hecho una primada en no negarse á doña «Gúmer» para el papelito aquel que le habían encomendado. Lo menos que debían haberle dejado allí antes de marcharse era algo con que poderse ir entreteniendo hasta que llegase la hora del asalto, con tantos horrores anunciado por todos los curas y beatas.

—¡Euhhh!...—gritó al cabo de un rato, acosado por el hambre y haciendo callar con aquel berrido al loro.—¡Euhhh!...

—¿Qué pasa? -preguntó, pasados unos minutos, el más valiente de los «luises», asomando apenas la cabeza por la escalera final del claustro.—¿Qué ocurre?...

—¿De «debilidá» queréis matarme, ó qué?..

—¿Eh?...

—¡Que me traigáis algo «pa» la «carpanta», reconcho!...

—Ahora, ahora vendrán—dijo el «luis».—Pero vístase usted, hombre.

—¡Quiá!—replicó «Garrafón» con desprecio.—Más cómodo se está en «calsonsillos»...

—Es que va á venir una monja...

—¡Mejor!

Unos momentos después, y apareciendo por donde antes se fueron las buenas madres al refectorio, desembocó en el claustro una hermana cargada con dos grandes bandejas. ¡Por fin!... En una de ellas, coquetonamente servidas, venían catorce tazas de chocolate humeante, y en la otra los bizcochos correspondientes á aquel desayuno para «Garrafón» y los «luises».

—«Tráete, tráete pa acá»—dijo el energúmeno, comprendiendo que aquella monja era de menor categoría y tuteándola como á una criada.—Ni poco que te has «tardao».

—¿Se encargará usted de llevárselos?—preguntó la hermana, rehuyendo el mirar á «Garrafón».

—¿Eh?...

—Es que tengo miedo de separarme de aquí.

—Bueno, bueno, yo me encargaré, pues—aseguró «Garrafón» cogiendo las bandejas.—¿A cada «tasita» les doy á esos, «verdá»?...

—Sí, una para usted y trece para ellos. Y déle usted también una sopita al loro.

—¿A quién, á ese?... Bien, ya le daré. Vete descuidada.

—¡Oraaaa pro nobis!...—desgañitábase á repetir el loro mientras «Garrafón» se despachaba velozmente los catorce chocolates.—¡Oraaaa pro nobis!...

—¡Calla de una «ves», morral!—interrumpióle por fin el coloso, tirándole una taza vacía, que se estrelló muy cerca de la jaula.

Horas más tarde tornó á presentarse la hermana con la comida, una suculenta comida, que hubo de entregar á «Garrafón» en varias bandejas, acompañándolas de un cesto con botellas de vino, y después que el hombre, tan complaciente con la hermana como en lo de los chocolates, se despachó,

---

(FOLLETÓN 34.)

LA MONARQUIA ESPAÑOLA

POR

OFFENBACH

españoles á aceptar ¡¡20 millones de duros por el archipiélago filipino!! Y decimos que les «obligaron», porque á los señores del reino, sin duda por algún restecillo de escrúpulos que aún les quedaba, les pareció ignominiosa aquella suma, y preferían dar el riquísimo archipiélago de balde. Pero no hubo remedio; tuvieron que pasar por esto como por todo; tuvieron que someterse á aceptar con la más amable de las sonrisas, lo mismo que las imposiciones, las conmiseraciones del enemigo; lo mismo que los palos, los mendruguillos de pan que los americanos se dignaron arrojarles.

Y no sólo tuvieron los señores del reino que aceptar todo esto, sino que, según parece, aunque no consta en el libro rojo, se obligaron también, porque así lo exigieron los americanos, á manifestar de cuando en cuando su agradecimiento; á celebrar la hermosura y conveniencia para España de aquel tratado de paz y caridad; á reconocer, en fin, de un modo ó de otro la magnanimidad yankee. Por esto se observa que de tiempo en tiempo algún señor del reino ó representante de ellos hace en la prensa ó donde se le ofrece ocasión declaraciones en tal sentido. Por ejemplo: el ministro de España en Washington, á quien una vez le tocó hacerlas, manifestó en el *Herald de New York*, con motivo de la entrada de año, que España estaba muchísimo mejor sin Colonias que con ellas, que desde que perdió las últimas la riqueza había aumentado considerablemente, etc., etc. Otra vez fué un exministro de la corona, el Sr. García Alix, el encargado de hacer la obligada manifestación, y salió del paso diciendo que mucho peor había sido para Francia la pérdida de la Alsacia y la Lorena que para España la de Puerto Rico, Cuba y Filipinas. Y con frecuencia es el mismo Sr. Montero Ríos el que toma á su cargo el cumplimiento de lo convenido, con tanta más razón cuanto que, como dejamos indicado, él está sinceramente convencido de que el tratado de que se trata fué una bendición del cielo, hasta el punto de haber vinculado en él la honra de su familia.

Y ya que hemos mencionado el libro rojo, que así se llama en España á aquel en que son registradas y dadas al público las negociaciones diplomáticas, diremos que se llama así porque es de ese color; y es de ese color, porque por regla general su contenido hace subir los colores á la cara. Aquel tratado dió, pues, fin á la guerra, y también á España. Y á ésta dió fin también, porque España, España política, nación española, no ha habido más que una, la que nació á la vida mundial á fines del siglo XV, la fundada ó creada por los «Reyes Católicos»; y esa ha sido siempre tan consustancial con sus posesiones ultramarinas, sobre todo con las de América, que ya nació con ellas, pues aun antes de completar en la península el solar patrio con Navarra, no sólo era dueña de las Antillas, sino que ya había tomado posesión del mismo continente americano. ¿En qué se parece, pues, á esa España, á la España conocida, á la España política, á la España histórica y tradicional y colonial lo que de ella queda hoy día, aunque siga llevando el mismo nombre?

Y además, esa nación no sólo ha cambiado cuantitativamente, no sólo se ha reducido considerabilísimamente en territorio y habitantes, sino que cualitativamente ha perdido y cambiado mucho también, porque ya no son suyas las brisas ni los frutos del trópico, ni las bellezas criollas, ni las danzas americanas, ni los cantos cubanos, ni multitud de otros valiosos elementos y fecundas fuentes de inspiración que contribuían á caracterizar y distinguir al pueblo español entre los demás del mundo.

De modo que el negociador del Tratado de París puede realmente envanecerse de haber dado término á la guerra... y también á España.

CAPITULO XIX

DONDE SE DICE ALGO DE LOS SEÑORES DEL REINO EN OROS TIEMPOS, Y DE CIERTOS SIGNOS PREMONITORIOS DE LOS GRANDES DESASTRES NACIONALES

Una caricatura francesa representaba al general Cambronne, al cual una dama aristocrática rogaba que escribiese algo en su album. El famoso general (aquel que, al no querer rendirse en Waterloo, expresó su negativa de un modo tan enérgico y breve como soldadesco), con la pluma en la mano, disponiéndose á complacer á la dama, decía á ésta:

—¡Una sola palabra, condesa! Permitidme que escriba una sola palabra, y no necesito firmar. Todo el mundo comprenderá en seguida quién la ha escrito.

De análoga manera podría el autor de la presente historia dar al lector la clave de lo que ha venido relatando y aun de lo que todavía ha de relatar. Pero prefiere, siquiera por el momento, hacer alguna comparación que marque y defina lo que va de los actuales señores del reino á los de tiempos en que el reino era más grande y los señores más serios, y así, cuanto la clave pierda en energía y brevedad, lo ganará en aseo.

Por ejemplo. En 1812 pasó Wellington á Cádiz, donde fué festejadísimo, como era natural, por lo bien que venía defendiendo la Península contra los franceses. Y sucedió que en un baile, á mitad del banquete, en el que se había tenido la galantería de dejarlo solo ó casi solo con las principales señoras de aquella población, le llegó de su país un pliego urgente. Abriólo y como se encontró con la gratísima nueva del fracaso de Napoleón en Rusia, el hombre apresuróse á hacer partícipes de su satisfacción á las hermosas aliadas que le rodeaban.

Pues bien, aquel apresuramiento del invicto general, guerrero victorioso y extranjero, y que parece que podía hacer lo que le diese la gana de los despachos que su propio gobierno le enviaba, sentó muy mal, y no con falta de razón, á los regentes españoles y demás señores del reino, los cuales no ocultaron su disgusto. Es decir que, aun cuando entonces ya lo español empezaba á andar por los suelos á los ojos de casi todo el mundo, aquellos gobernantes no habían perdido

© Biblioteca Nacional de España

a continuación del suyo, los trece encarguitos para los «luises», tumbóse sobre los colchones de la barricada, y se dispuso á dormir la siesta tranquilamente, sin preocuparse de que los revolucionarios pudieran ó no llegar al asalto del convento.

—«Gracias» á los señoritos esos—decíase «Garrafón», moviéndose para buscar una buena postura,—porque cuidado que estas monjas son «fusiláni mes pa» la comida.

Y entornando los ojos, hizo el recuento:

—El chocolatito en «catorse» sorbos, la «merlusa» en «catorse bocaos», las chuletitas en «catorse» también... Todo en «catorse», menos el vino. Ni que «habría» venido uno «pa» estarse aquí tranquilo y sin la «obligasión» de matarse por sólo «sinco» duros.

Los valerosos «luises», en tanto, extrañados porque la comida no llegaba hasta ellos, se reunían en consejo de guerra y decidían el bajar á buscarla desplegados en guerrilla.

—¡Oraaaa pro nobis!...—repitió entonces el loro.—¡Oraaaa pro nobis!...

—¡Me caso en la Biblia!—exclamó «Garrafón», levantándose nervioso y cogiendo la escopeta.—¡«Pa» tabaco voy á darte!...

—¡Oraaaa pro nobis!...—prosiguió el infeliz pájaro.—¡Oraaaa...!

«Garrafón» apretó á un tiempo ambos gatillos, descerrajando los dos tiros contra la jaula, y el animalito cesó instantáneamente en sus letanías.

—«Pa» que ores—dijo con sencillez «Garrafón.»

Oyéronse lejanos chillidos de monjas, voces de alerta dadas por los «luises», apresurado cerrar de puertas en sus estratégicas posiciones, y luego todo quedó en conventual silencio.

Ni siquiera el aletear de una mosca.

Cuando, cercano ya el anochecer, decidieron los pobres «luises» bajar hasta la barricada, temerosos de encontrarse con el cadáver del alquilado defensor, «Garrafón» roncaba como un hipópotamo.

***

—Ya se habrá usted convencido, madre, de que tenía yo razón sobrada—decía dos días después de aquel domingo memorable, la enlutada viuda de D. Nemesio.—Habiéndo caído ya Maura, no había peligro ninguno.

—Pues que no vuelva más, doña «Gúmer», que no vuelva más. Cuando menos nos evitaremos el necesitar del otro, de su recomendado de usted, del que mató al loro. Bien, bien puesto tiene el mote de «Garrafón», porque pescó una borrachera...

M. Aranáz Castellanos

Octubre, 1909.

LA FUGA

Lo vi.

Apenas amaneció, caballero en un jumento digno de un gitano, abandonaba silenciosamente el pueblo. Comprendí que iba huyendo al ver las miradas recelosas que dirigía á la aldea, volviendo de cuando en cuando la cabeza.

—¿Adónde va ese portento de santidades? —le pregunté—¿adónde ese raudal de elocuencia? ¿adónde ese espejo de virtudes? ¿adónde...

—Mira, déjate de elogios—me respondió. —Los mozos del pueblo han ofrecido darme una paliza cuando me dirija á la misa de alba, y si no me encuentran camino de la iglesia y salen en mi busca, no doy un céntimo ni por mi sotana, ni por mi pellejo, ni por mis costillas. Con qne sigue tu camino y déjame seguir el mío.

—Pero ¿así se va usted sin despedirse de las hijas de María, de las del Corazón de Jesús y de tantas otras cofradías como usted ha establecido? ¿A quién dirigirán ahora sus miradas? ¿Dónde buscarán consuelo en sus penas, consejos en sus incertidumbres y alientos en sus amarguras?

—Que busquen todo eso donde quieran; lo que yo deseo es que no me busquen el bulto.

—Pero ¿y el rebaño espiritual que queda abandonado? ¿Y aquello que tantas veces ha referido usted de que, como el buen pastor, daría la vida por sus ovejas, que moriría al pie del santuario?...

—¿Sabes lo que te digo? Que todo eso es muy bonito para declamado desde el púlpito y con toda tranquilidad; no para dicho en una carretera, sobre todo cuando le amenaza á uno una lluvia de garrotazos.

Y escapó lo más velozmente que su rucio permitía, gritando desesperadamente:

—¡Arre, burro!

En un juzgado:

La mujer.—Mi marido ha tratado de envenenarme con fósforos.

El marido.—Es falso, señor juez.

El juez.—Pruebas.

El marido.—Que la hagan la autopsia y se convencerá usía de lo que digo.

La mujer se opone furiosamente á la prueba, sin explicar por qué.

CIRCULAR

(Traducción parafrásica de Guerra Junqueiro.)

Padre, Hijo y Compañía. Bazar, venta forzosa.
De Pedro por la barca sagrada y milagrosa
un gran surtido en modas acaba de llegar.
Jamás se vió de precios tamaña baratura.
¡Hoy es último día! ¡Venid! ¡Ganga segura!
¡Pasad! ¡Entrada libre! Cristianos, ¡á comprar.

Negocios eclesiásticos, objetos de quincalla,
cilicios comodísimos, trabucos y metralla,
todo se encuentra en esta legal liquidación
Velas de las que aplacan la cólera divina,
buenas contra los rayos, sin mezcla de estearina,
y el verdadero aceite para la Extrema Unción.

Respecto á cirios, conste que sólo en esta tienda
se hallan los que el Concilio de Trento recomienda;
inútil es buscarlos en otro sitio, pues.
Santa Bárbara y todos los santos principales,
de aquí lo gastan siempre. Paquete ochenta reales.
Comprándolos por cientos, salen á treinta y tres.

Agua de Lourdes fresca, ya en cuba, ya en botijo;
exíjase la marca de fábrica: *Padre, Hijo*
y Compañía; el casco dice: *¡Providencia!!*
Genuina, únicamente se encuentra en esta agencia;
más de diez años de éxito en toda cruel dolencia
hacen de esta agua mágica la cura universal.

Combate eficazmente los crups, las calenturas,
se usa contra la tisis, contra las mordeduras
de perros y culebras, aun las de cascabel.
Según Tartufo, ella hace, tomándola con celo,
nacer el apetito y al mismo tiempo el pelo,
y extingue al par la lepra del alma y de la piel.

La solitaria expulsa y expulsa al diablo; el vientre
lo desobstruye al punto de cuanto en él se encuentre;
cura la gonorrea, la asma, el hemorroidal.
Una pierna amputada se unta; en dos instantes
vuelve á crecer, y queda, si cabe, mayor que antes;
para nervios y muelas no hay medicina igual.

De esta agua bebió un día tres frascos una muerta
y se encontró al momento tan sana y tan despierta,
y haciendo sus labores y andando por su pie.
No obstante, prevenimos al público difunto,
que casos de esta índole no hay más que seis en junto,
y que, para que ocurran, se necesita fe.

Dos gotas de este líquido matan los sabañones;
con él se extraen los callos, se curan los flemones,
se ahuyenta el reumatismo, se quita el mal sabor,
depúrase la sangre, prolóngase la vida,
se marca toda ropa, se cierra toda herida
y él torna á los cabellos su pristino color.

Reliquias. Verdaderos caprichos en ceniza
de apóstoles. Tenemos, ya íntegros, ya en trizas,
una *infinita en huesos y rica variedad.*
Género en esta casa el más acreditado,
se halla casi de balde y es muy solicitado;
España hoy lo consume en grande cantidad.

Hay huesos de Santiago, San Pedro y San Norberto.
coxis de Santa Rita, sacros de San Pegerto,
y doce mil seiscientas cabezas de San Juan.
Los precios determínanlos la forma y el tamaño;
origen indudable; para que no haya engaño,
con cada esquirla cuatro certificados van.

También un San Cristóbal, que es una miniatura,
hay de diez metros de ancho, por unos cien de altura,
resto de una remesa que se ha agotado ayer;
y vista la demanda del santo *giganteo;*
para que todos lleven, se vende al *menudeo;*
diez céntimos la pieza. ¡Menos no puede ser!

El respetable público debe saber, en tanto,
que en esta casa tiene siempre de cualquier santo
uno ó dos esqueletos á su disposición;
si acaso se agotasen, impórtele poco eso;
aquí se hacen de encargo, se garantiza el hueso,
y hay una gran rebaja en toda transacción.

Adviértese asimismo que este establecimiento
no expende hueso alguno sin dar un documento
hecho de propia mano, sobre la propia piel
del santo á quienes los restos mortales pertenecen.
Y que dirá:—Estos huesos, aunque no lo parecen,
son míos. Quien lo dude no es mi devoto fiel.

Aviso. Para casos de pérdidas, frecuentes,
tenemos piezas dobles: narices, tarsos, dientes;
también se encuentran sueltos, baratos y á elegir,
falanges, peroneos, clavículas, costillas,
omoplatos y fémures y tibias y tornillas;
cuanto un manual osteólogo pudiera hoy exigir.

En cuanto á novedades de género extrafino,
hay variedades múltiples en dedos del destino;
á duro los más largos y á treinta reales par;
entre ellos el que un día trazara allá en Oriente
la trágica sentencia, que anuncio fué imponente,
á la fastuosa corte del loco Baltasar.

De ojos de providencia, una partida buena,
ya negros ó ya azules; por ciento y por docena,
hueros ó prominentes, de china ó de cartón;
en níkel engarzados, en oro, en hojalata,
se llevan hoy muchísimo en puños y en corbata,
y casi regalados—¡á perro chico son!

Un tanto por el tiempo cruel deterioradas,
se dan á bajo precio quinientas toneladas
de antiguas osamentas de óptima calidad:
mil pies de San Vicente, seis mil de San Francisco,
et cætera.... Todo esto se vende como cisco,
y es, para abonar viñas, de inmensa utilidad.

¡La vera cruz auténtica! Madera la más fina
de cuantas en sus bosques produjo Palestina,
en polvos y en virutas, astillas ó serrín;
la hay sola y transformada en mil objetos varios,
en mangos de puñales, en cuentas de rosarios,
tálamos, tabaqueras, y en todo, en todo, en fin.

.....

.....

Como desde hace tiempo tenemos observado
que muchas tiendas cesan y que otras han quebrado,
irrefragable signo de crisis comercial,
adviértese á los que honran á diario nuestra casa,
que este bazar se alquila, se cede ó se traspasa
con todo cuanto hay dentro.—Roma, uno, principal.

M. Curros Enríquez

Remedio santo

Guapa, joven y rolliza, y un sí es no es devota era la apreciable señora de D. Lucas Ventosa, médico titular del pintoresco pueblecillo de... No hace falta para nuestro relato el nombre de la localidad. Bastará decir que el vecindario era escaso, que tenía cinco iglesias, dos conventos de monjas y uno de frailes, este último bajo la advocación de nuestro santo padre San Francisco. (Se nos olvidaba. El médico D. Lucas era un anciano respetable.)

Bajo secreto de confesión, la hermosa Pascuala—que éste era el nombre de la mujer del médico—refería á un rollizo padre franciscano las angustias íntimas de su vida conyugal y las faltas que la edad hacía cometer á D. Lucas en el pago de lo que la Santa Madre Iglesia llama el *débito* matrimonial.

Y resultado: que antes de darle la absolución, ya habían convenido la médica y el fraile en el medio mejor de ayudar al señor de Ventosa en sus tareas, y que consistía sencillamente en que, así que D. Lucas saliera á hacer sus visitas, Pascuala se quejaría de unos dolores terribles en el vientre, para lo cual no había remedio más indicado que llevarle una reliquia de San Francisco que se conservaba cuidadosamente en la sacristía del convento. Y dicho y hecho; la señora se puso muy mala, y el fraile se personó en la casa para ofrecer á la paciente sus cuidados.

Como al llegar se encontrase junto al lecho con más gente de la necesaria para llevar á cabo su obra meritoria, el siervo de Dios comenzó por decir que lo primero que hacía falta era confesar á la paciente. Estas palabras bastaron para que se retirase todo el mundo, dejándolos completamente solos.

El franciscano procedió en seguida á la curación del grave mal que afligía á Pascuala, no empezando precisamente por la confesión, y ya estaban á punto de terminar la piadosa tarea, cuando D. Lucas, avisado en la calle por un amigo de la enfermedad de su mujer, corrió desalado á su casa para prodigarle los auxilios de la ciencia.

Al entrar y ver al fraile en la alcoba, se rascó la cabeza, hizo un gesto desabrido, se informó de la salud de Pascuala, y despidió al fraile, sin atreverse á decir lo que sospechaba sobre la eficacia de las famosas reliquias.

Al poco rato encontraba un par de calzoncillos blancos debajo de la almohada de su mujer.

—¿Qué es esto?—preguntó Ventosa frunciendo el ceño, y poniéndosele de punta los pelos de la coronilla.

—Esto, esposo mío, es la reliquia del glorioso padre San Francisco, que, como me ha sentado tan bien, he suplicado á fray José que me la dejase aquí, por si me repetía el mal.

—¡Ah, ya!

Enterado fray José por la criada de la hábil disculpa de Pascuala, volvió aquella misma tarde por los calzoncillos, pero lo hizo procesionalmente, echando á vuelo las campanas, marchando al frente de la comunidad con cruz alzada y los hisopos empapados en agua bendita.

Recogió delante del pueblo prosternado los santos calzoncillos, los dió á besar á todos los asistentes, comenzando por el médico, y es fama que desde entonces se guardan en la sacristía del convento como sagrada reliquia para curar los dolores de vientre á las mujeres guapas, jóvenes y rollizas siempre que estén adornadas de la primera virtud teologal: la fe.

Un muchacho de vehementísima vocación para el sacerdocio, tenía el gravísimo inconveniente para el oficio de repugnarle el vino y aun las vasijas que lo hubiesen contenido.

En vano le manifestó su padre que con tal antipatía al invento de Noé no podría celebrar nunca; y por ver si el rector de un seminario, con sus consejos y autoridad apartaba de él aquella preocupación, se lo envió, rogándole que procurase acostumbrarlo á transigir con el mosto.

No sin gran trabajo logró éste hacérselo probar, primero en mínima cantidad con mucha agua, en menor dosis de ésta después, y por último puro.

A cada carta en que el rector le notificaba al padre los progresivos éxitos de sus gestiones, éste saltaba de gusto: iba á tener lo menos un Papa en su familia.

Pero ¡cuál no sería su asombro cuando un día recibió la siguiente epístola!:

«Haga usted el favor de venir por su hijo cuanto antes, porque todos los días coge una *turca*, la empalma con la anterior y se pasa la vida en una borrachera perpetua.»

© Biblioteca Nacional de España

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

partida en que iba, era *la nueva Judit* que esperaba encontrar un Holofernes para tener el gusto de cortarle la cabeza.

Y decían esto, cuando por consecuencia del fusilamiento de los 57 carabineros de Endarlaza, habían quedado 54 hijos sin padre y sus familias sumidas en el más acerbo dolor y la más extremada miseria.

RECUERDO Á LOS MÁRTIRES

Hoy el viajero que pasa por Endarlaza, al fijarse en un recodo donde fueron colocados los prisioneros y fusilados á boca jarro, no ve ni pequeño monumento ni modesta cruz que recuerde el sacrificio de aquellas heroicas y oscuras víctimas del deber y de la libertad.

Sólo un pobre individuo del cuerpo, un desconocido carabinero ha subsanado la falta, y en el tronco de un hermoso castaño que desde algunos metros arriba en la falda de la montaña parece extender sus ramas sobre el lugar de la ejecución, ha grabado una sencilla memoria del triste fin de sus compañeros.

La inscripción se ve desde la carretera, forma un cuadro como de media vara en el tronco, y por el grueso de la corteza arrancada, hace el efecto de un nicho antiguo cuyas letras hubiere medio borrado el tiempo. Dice así:

FUSILAMIENTO
DE
CARABINEROS
DÍA 4 JUNIO
AÑO 1872
R. I. P.

EL LOBO MORDIENDO Á LOS LOBOS

Mientras Santa Cruz se limitó á asesinar liberales y fusilar prisioneros, sus correligionarios no dijeron una palabra: mas cuando se rebeló contra ellos, desobedeció á los jefes del carlismo y campó por sus respetos; cuando aplicó á los carlistas que le molestaban los mismos procedimientos que usaba con aquéllos, todos pusieron el grito en el cielo y comenzaron á llover quejas contra él.

Llegó á tal punto el miedo de sus correligionarios, que decía Dorronsoro: «Preferiría, y lo mismo mis compañeros, caer en manos de una columna republicana, que en las de Santa Cruz.» El miedo, pues, hizo lo que debieron haber dictado el deber, el honor, y la idea de humanidad.

SENTENCIADO Á MUERTE

Todas las personas importantes del carlismo se pusieron contra el bandido, no por lo que hacía con los liberales, sino por lo que pudiera hacerles á ellas, y consiguieron por fin que en Consejo de Guerra se le sentenciase á muerte, lo que aprobó Lizarraga.

Tratóse después de una avenencia, y á pesar de que Lizarraga estaba dispuesto á aceptar, ¡tal pavor les infundía Santa Cruz!, escribía el 24 de Abril á Dorronsoro desde Bairrabar: «Estoy dispuesto á todo menos á admitir á mis órdenes sacerdote cuya cabeza está pregonada con sobrados motivos.»

El único que se atrevió á defenderle fué el exdiputado á Cortes D. Cruz de Ochoa, disculpando los fusilamientos, la desobediencia y la insubordinación del cura, á quien consideraba (y en esto votamos con él) como *el tipo acabado del jefe carlista*, por lo cual había sentado plaza á sus órdenes.

El cura, en tanto, se rebelaba con más furia cuanto más anatematizado se veía, y con mayor desprecio recibía las órdenes de sus jefes, cómplices suyos hasta aquel momento.

Lizarraga, á quien el clérigo no podía ver, sobre todo desde que aprobó su sentencia de muerte, desesperado al ver que D. Carlos no atendía las quejas del Estado Mayor carlista, dirigió con fecha 8 de Junio dos alocuciones á los guipuzcoanos. Decía:

«¿Cómo ha de defender la religión, quien, como Santa Cruz, desprecia de tal modo sus deberes de sacerdote y de católico, que no da tiempo de recibir los Santos Sacramentos á los infelices que sacrifica en su saña?

¿Cómo ha de merecer el título de carlista, quien, como Santa Cruz, despreciando los preceptos divinos que mandan obedecer á las potestades legítimas, se declara en abierta rebelión contra todas?

¿Cómo ha de merecer el título de carlista, quien, como Santa Cruz, ni obedece al comandante general de su provincia, ni al general en jefe, ni al ministro de la Guerra, y hasta se atreve á hacer una política contraria á la del rey, diciendo públicamente que tampoco le obedecerá por ahora?»

«Si un ministro del altar, olvidando su evangélica misión, descendiera de su altura y se lanzara á la arena del combate, convirtiendo la más noble de las luchas en cruda liza de enconos y venganzas personales, ¿creeríais que ese indigno sacerdote, que trueca la sagrada forma por la espada, sería nunca el verdadero jefe á cuyas órdenes deberíais servir para salvar los más caros objetos de vuestra veneración y vuestro amor, que yacen hoy en el mayor peligro?

¡Ah, no, mis queridos hermanos! Que ese intruso de corazón de hiena no podría simbolizar la pureza de nuestras intenciones; que ese ambicioso vulgar no tremolaría jamás el pendón de la fe que defendemos, ni nunca el rebelde de sacristía podría invocar los dulces nombres de la patria y de la justicia cuando siembra el terror por todas partes y en todas ocasiones á la ley la burla y escarnece.

¡Desengañaos! Todo aquel que ligado por el voto de mansedumbre lo rompe, hasta el extremo de no escuchar á Dios en sus santísimos preceptos, no es ni puede ser católico; todo aquel que, debiendo predicar el perdón de las injurias, se ensaña en el indefenso ó en el vencido, no es ni puede ser católico, ni español, ni menos guipuzcoano; y, por último, todo el que desconozca á las legítimas autoridades nombradas por el rey, no puede con razón apellidarse carlista; y vosotros que sois católicos, españoles y carlistas, debéis huir de él como se huye de la lepra, para que el bien y la verdad lleguen á brillar algún día.»

A los pocos días, el 13 de Junio, escribía el mismo Lizarraga á Dorronsoro:

«El (Santa Cruz) ahuyenta de Arichulegui al bravo jefe del puesto D. Pedro Lasarte, que con razón teme por su vida; amenaza de muerte, tan sólo por pedirle un voluntario, al heroico D. Isidro Uria, que conmigo hizo el alzamiento; tiene en capilla á mi delegado D. Antonio Monserrat, cuando exhibiéndole un nombramiento mío, va á San Sebastián á encargarse del mando de las partidas; fusila sin confesión al bizarro señor Egozcue, segundo jefe de Lasarte; hace dar 150 palos al venerable septuagenario comandante Amilivia; impone y le dan otros 50 al Sr. Vicuña, el más valiente de mis capitanes, y lo conmina con la muerte tan sólo por pedirle explicación de su castigo. ¿No es ésta por ventura la más acabada prueba de que emplea perfectamente ese talento supremo que en él ha descubierto su segundo y amigo D. Cruz Ochoa?

Y ese heroísmo, ¿dónde está? ¿En el fusilamiento sin formación de causa de mi prisionero Osta y sus dos compañeros, á quienes cumpliendo con la real clemencia les había yo dado palabra de perdón y cange; en la muerte dada á los vencidos de Endarlaza; en la bárbara sentencia que dictó y llevó á ejecución en una mujer embarazada, y en la funesta suerte de los que en sus manos sucumbieron en Anoeta, Tolosa, Aya y Regil?»

¡Ahora, al verse él amenazado, advertía Lizarraga que Santa Cruz era un infame asesino, ahora anatematizaba los fusilamientos de Endarlaza!... ¡Canallas y miserables todos!

En otra carta fechada en Lecumberri, decía Lizárraga:

«Días atrás mandó á un muchacho para que matase á cierta persona, y fué muerto su hermano al mandar al muchacho para que matase á la persona que le había designado... Se presentó adonde mí... y le hice las reflexiones que mi conciencia me dictaba como católico y caballero; me contestó el pobre chico aterrorizado, que si no cumplía lo que le mandaba serían fusilados sus padres, y que en esta triste alternativa no tenía más remedio que obedecer al funesto Santa Cruz.»

Dorronsoro por su parte escribió desde Peña Piata el 12 de Junio una larga comunicacion á D. José María Berzoza, compañero de diputación, historiando lo sucedido con Santa Cruz, diciendo que éste «había olvidado los deberes de sacerdote católico, apaleando sin piedad á *amigos* y enemigos, y matando sin confesión á los vencidos.»

«Es llegada la hora de hablar, añadía; diga usted á los amigos que Santa Cruz es en el campo carlista un faccioso, un rebelde á toda autoridad; dígales que vean en las crueldades de Santa Cruz el sistema que ha adoptado para llegar, imponiéndose por el terror, adonde nunca pudieron aspirar sus dotes.»

«Santa Cruz no tiene la travesura del guerrillero ni el valor personal del cabecilla, como estoy de ello convencido y se lo demostraré á usted con nuevas pruebas... Santa Cruz, en fin, es un miembro podrido de la comunión católico-monárquica.»

DON CARLOS PROTEGIÉNDOLE

Y á todo esto, D. Carlos haciéndose el sordo. Era natural en el hombre que había dicho: *debe dejarse hacer* la guerra sin cuartel.»

Santa Cruz encantaba á D. Carlos; era su tipo para hacer la guerra; «cuatro ó seis hombres como aquél, y su triunfo era seguro.» Tal decía, como ya he indicado.

Esta conducta estuvo á punto de acarrearle un gran conflicto. Sus gentes comenzaban á ver con malos ojos aquella inusitada protección á un bandido.

En una carta dirigida al marqués de Valdespina, y que fué interceptada, decia un jefe carlista:

«Comprenda usted, marqués, que los procedimientos de ese inícuo sacerdote están desacreditando nuestra causa y conribuyendo con sus fechorias inauditas á que los liberales, y los que no lo son, midan al clero con su mismo rasero. Usted, que tendrá ocasión de escribir á S. M., encarezca la necesidad que hay de que este mal sacerdote desaparezca, de lo cual se encargará Lizarraga, que le tiene ganas, y me ha dicho *que ya lo habría fusilado* SI NO TEMIERA DISGUSTAR CON ELLO Á S. M.»

Como se ve, todos sabían que D. Carlos protegía á Santa Cruz.

Aquella situación no podía prolongarse. Algunos carlistas importantes hablaron de irse á sus casas.

Lizarraga presentó la dimisión dos veces por esta causa. No se le hizo caso y la reiteró por tercera vez, diciendo en ella á D. Carlos:

«O Santa Cruz, ó Lizarraga; la causa se perjudica con ese hombre, la autoridad se deprime, la religión no puede brillar con su pureza.»

A pesar de esto, D. Carlos no procedía contra Santa Cruz. La sangre de bandido tira más que la de hermano. Es verdad que en esto era más lógico que sus súbditos, por cuanto que Santa Cruz encarnaba mejor que ningún otro el espíritu del carlismo.

Tantas fueron por fin las quejas, tal cuerpo tomaron las murmuraciones, tales amenazas comenzaron á formularse, que D. Carlos no tuvo otro remedio que resignarse á permitir que se procediese contra Santa Cruz.

Y ya era tiempo, porque los suyos comenzaban á decir, en vista de la protección indirecta que prestaba al asesino, que si se empeñaba la lucha entre ellos, «no serían pocos los que dijeran que *sólo el silencio* de Su Majestad había hecho posible el derramamiento de sangre entre los carlistas.» En su consecuencia, se dirigió al comandante general de Guipúzcoa, diciéndole que, «agotados los medios de persuasión para llevar á Santa Cruz al camino de la obediencia, declaraba que sería rebelde y tratado como tal si volvía á ponerse al frente de algunas fuerzas carlistas; consideraba también rebeldes, y se les juzgaría como reos de lesa majestad, á cuantos sirviesen á sus órdenes ó en sus filas le admitiesen; los que ocultasen armas, municiones, etc.; que aplicara todo el rigor de la ordenanza á cuantos faltaran á la disciplina, y que se diera lectura de este documento, y después la mayor publicidad posible.»

SE BURLA DE TODOS

Pocos días después celebró el marqués de Valdespina una entrevista con Santa Cruz, y en ella, siempre hipócrita y solapado, se comprometió á entregar toda su fuerza y la plaza de Arichulegui, manifestándose arrepentido de su rebelión y haciendo reiteradas y solemnes promesas, *llorando á lágrima viva*, de que al día siguiente ratificaría por escrito sus protestas en forma de sumisión explícita y franca.

Esto no obstante, al día siguiente, si bien no se negó á cumplir sus promesas, dilató su cumplimiento con vanos pretextos. Le fué concedido un nuevo plazo, y al expirar y advertir que tampoco las cumplía, se vió obligado Valdespina á ocupar militarmente á Arichulegui, concediéndole tres horas para someterse, y advirtiéndole que, transcurrido este tiempo sin ratificar la sumisión, sería declarado rebelde en armas, astuto y sin honor. Sólo entonces se sometió Santa Cruz, optando por resignar el mando y marcharse al extranjero, y comprometiéndose bajo palabra de honor (?) autorizada con su firma, á no salir de España hasta verificar la entrega de toda la fuerza y de la fortaleza de Arichulegui, con la artillería, pertrechos de guerra y cuanto perteneciera á la causa.

Incidente sangriento.

Uno de sus parciales, joven y valiente, se acercó á Santa Cruz y le dijo que si no se cumplía lo pactado con Valdespina, no quería continuar siendo subordinado suyo.

El cura lo oyó con sospechosa calma y después le preguntó:—¿No tienes más que decirme?

A la respuesta negativa del jóven, replicó Santa Cruz:—Estoy acostumbrado á que nadie se oponga á mis mandatos. Esas observaciones son un acto de indisciplina que castigaré severamente, y por lo tanto ponte bien con Dios, porque vas á morir arcabuceado como mueren los que faltan á la disciplina militar y se atreven á responder á sus jefes.

El desdichado joven fué fusilado cuatro horas después.

FALTA Á SU PALABRA

¿Cumplió su palabra el protegido por D. Carlos?

Oigamos á Valdespina en la comunicación que sobre lo ocurrido pasó á su rey:

«En consideración á la garantía del referido documento, y de la entrega que aquella misma tarde hizo de las dos compañías que tenía aquí, permití al Sr. Santa Cruz y sus adláteres D. Felix Caperochipi, D. Francisco Arbelaiz y D. Esteban Indart pasar la noche en su alojamiento; mas abusando de nuevo villanamente de mi conducta, fundada en el documento y hecho que cito, y si bien no muy en armonía con la ordenanza, sí caballerosa y honrada, y faltando otra vez más á su palabra de honor, se fugó el señor Santa Cruz en unión de sus adláteres referidos; y según noticias fidedignas, y dato tan irrecusable como la desaparición sucesiva de varios oficiales suyos, desde el lugar de su refugio ha empleado todos los amaños posibles para subvertir á las tres compañías suyas unidas á mis fuerzas, y para que Arichulegui no solamente no se someta, sino que también nos haga víctimas de la más indigna de las celadas.»

Detalla después Valdespina las medidas que tomó para evitar nuevos conflictos, y termina pidiendo á D. Carlos *que haga una declaración* EXPLICITA *que evite los daños que un silencio más prolongado podría ocasionar.*

Como se ve, hasta en documentos oficiales se censura el apoyo y protección que el rey de las selvas dispensaba al asesino Santa Cruz, callando ante sus desmanes y sus crímenes.

SE VA Á FRANCIA Y VUELVE

El cura y los de su cuadrilla se marcharon al extranjero y los generales carlistas respiraron. Mas ¡ay! que á los cuatro meses (el 7 de Diciembre de 1873) se presentó al frente de 18 compañías en Asteazu para apoderarse de Lizarraga, de quien quería vengarse, y sólo á su presencia de ánimo debió éste su salvación.

Santa Cruz demostró en esta nueva tentativa su maldad y falta de valor personal, y que era sólo un ser vulgar é ignorante al que dieron celebridad sus crímenes. Volvió á entrar en Francia con algunos de los facinerosos á sus órdenes, y en mucho tiempo no se les pasó el nuevo susto á los Lizarragas, Donrosoros, Valdespinas y demás carlistas de alguna significación.

SU RETRATO

Copiamos al pie de la letra el juicio que formó en Junio del 73 un jefe carlista que vió por vez primera á Santa Cruz cuando fué á buscarle á Lecumberri Lizarraga:

«Durante aquella escena no quité la vista de Santa Cruz, y hallé que era un hombre de mediana estatura, más bien bajo que alto, de robusto cuerpo, facciones pronunciadas, frente estrecha, pelo castaño, barba rubia, desgarbado porte y maneras rudas y vulgares. Su mirada vaga y extraviada prestaba á su fisonomía un marcado tinte de desconfianza y recelo, y la expresión seca y dura de su semblante acababa de darle un carácter sombrío y nada simpático á primera vista.

Santa Cruz vestía un traje que no era sacerdotal ni guerrero; componíase de boina azul oscura, muy pequeña, chaqueta de paño del mismo color, calzón corto y ancho, gruesas medias azules que cubrían sus robustas piernas y alpargatas por todo calzado. Como de costumbre no llevaba arma ni insignia alguna, sino un grueso palo en el que se apoyaba durante las marchas.»

EL IDEAL CARLISTA

Ya lo he dicho: Santa Cruz lo encarnaba completamente.

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 24

© Biblioteca Nacional de España